



LAS MISIONES CATÓLICAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes.	14 ptas. al año.
En Cuba y Puerto-Rico.	14 id. id.
En los demás puntos de América.	20 id. id.
En las islas Filipinas.	20 id. id.
En Portugal.	14 id. id.
En los Estados de la Unión postal de Europa.	14 id. id.

Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España y Portugal, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.

No se atenderá subscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.

Los números sueltos se venden á 75 céntimos.

Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CORRESPONDENCIA.—*China*: Servidumbre de las mujeres.—Costumbres y vicios de los chinos.

Fernando Poo: Excursión por el interior de la isla recorrida de Este á Oeste.

Brasil: Los Salesianos en el Estado de Pará.—La capital.—Miseria espiritual.—Obras que se quieren confiar á los hijos de D. Bosco.—La floresta virgen.—En el Maracanan.—Los indios miranhas.—Otras tribus.—Ensayo de su lengua.

LOS ÑIS Ó ÑI-PAS, TRIBU LOLOTA DEL YUN-NAN.—IV, Consagración del Gepoma á San Miguel.—En Kuang-si.—Minas de hulla.

LAS REMINISCENCIAS DE UN MISIONERO DE BASUTOLANDIA.—I, La llegada.—Hostilidades entre ingleses y basutos.—Origen del conflicto.—Grandes preparativos de guerra.—Desenlace pacífico.—El tratado de paz y sus consecuencias.—II, Primeras impresiones.—Saludos cristianos y saludos paganos.—Llegada á la Misión de Santa Mónica.—El mes de María.—Instalación.

LOS PSYLLES ENCANTADORES DE SERPIENTES EN EGIPTO.

PRIVILEGIOS DE LA AMÉRICA LATINA.

CRÓNICA.—España.—Noruega.—Estados Unidos.—Filipinas.

VARIEDADES.—La Estrella de Belén.—El sacerdote católico.—La literatura en el Sudán.

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Luís XVI, ó el Rey mártir.

GRADADOS

BASUTOLANDIA.—Guerreros zulús.

— Aldea basuta.

— Familia zulú.

EGIPTO.—El encantador de serpientes.

LA ESTRELLA DE BELÉN.

YUN-NAN.—Niña ñi en traje de labor.

— Niñas ñis y ashis en traje de fiesta.

CONSULTANDO INFOLIOS.

Advertencia.—Con este número se reparte á los señores subscriptores la portada de LAS MISIONES CATÓLICAS correspondiente al año anterior.

LUÍS XVI, Ó EL REY MÁRTIR

I

LÚGUBRES PRESENTIMIENTOS

Pocos años antes que estallase la Revolución francesa una turba de señores, sabios, artistas, literatos y damas de esclarecido linaje se hallaban reunidos en uno de los famosos banquetes, donde los convidados deslumbrantes de gracejo abrillantaban la esplendidez del opulento anfiteatro, contándose entre ellos los señores de Luxemburgo, la duquesa de Grammont, el marqués de Condorcet, el académico Bailly, el abogado Malesherbes y los literatos La Harpe y Santiago Cazotte.

Este último, bello anciano de plateados cabellos y tristes cuanto plácidos ojos de zafir, era el único que guardaba melancólico silencio en el regocijo del festín.

La conversación generalizada versaba chispeante sobre las ideas de la víspera, las noticias del día, el último libro de un filósofo desconocido y la próxima fiesta de Versalles.

A puro filosofar, según la moda, se contendía á competencia, dividiéndose los campos entre los sistemas favoritos que cada cual quería poner en boga.

Cazotte callaba, y provocado por un gracioso chiste de la duquesa de Grammont, respondió con esfuerzo:

—Vuestra alegría me aflige; os reís sobre un abismo, y leo en el porvenir terribles presagios.

El escéptico Condorcet replicó chanceándose.

Cazotte, levantándose con semblante alterado, exclamó con sordo acento:

—Señor de Condorcet, siento decíroslo, pero veo el día en que tomaréis un veneno para libraros del verdugo.

Una risa homérica acogió esa ocurrencia. Cazotte continuó con el mismo ceño:

—A vos, Chamfort, se os habrá de cortar las venas. Vosotros, Bailly, Boucher y Malesherbes, al término de un mismo camino hallaréis un cadalso.

La duquesa de Grammont se desternillaba de risa en su sillón.

—Y á mí, exclamó, á mí, Sr. Cazotte, ¿no me decís mi mala ventura?

—¡Ah, señora! esas manos que me tendéis serán lastimadas por cordeles. Vuestro último coche será una carreta roja, que os arrastrará, como á otras muchas señoras nobles, á la plaza de los suplicios.

Comenzaban ya los maleantes á callar, pues á la sazón los ojos de Cazotte brillaban con un viso de inspiración que causaba espanto, y su rostro, de ordinario tan apacible, estaba descompuesto, como si en el de cada convidado se hubiera encajado súbitamente la máscara de la muerte.

Helósele el corazón á la Duquesa; el terror empañaba la tersura de su tez, y entre risueña y turbada añadió con voz temblorosa:

—¡Ya veréis cómo me dejará confesar!

—¡No, señora! dijo Cazotte; el último ajusticiado á quien se permitirá ese triste y postrer consuelo será... (aquí Cazotte acabó de perder el color y prosiguió con ahogado acento), será... ¡el rey!

Cuando los oyentes de esa extraña profecía estuvieron algo recobrados de su asombro, Cazotte había desaparecido.

Un testigo ocular de esa escena es quien la refirió sin añadir cosa alguna. ¿Debemos creer que acaso el anciano iluminado, acababa de levantar una punta del velo de su secta? Jamás se ha sacado nada en limpio sobre esa

fúnebre anécdota. Todo lo que sabemos es que Santiago Cazotte pereció en el cadalso con su secreto.

Si fuera lícito á la historia contar ciertas raras casualidades entre los resortes que impulsan las borrascas humanas, en otros acontecimientos que ocurrieron sin ruido pudieran leer singulares presagios, detrás de los cuales entrevemos temblando una como vislumbre de los misteriosos avisos que de tarde en tarde da el cielo.

Cuando Luís XVI era todavía delfín, una catástrofe turbó la fiesta de sus bodas, sembrando el luto en París. La Reina había nacido en 2 de Noviembre de 1755, día de difuntos y del terremoto de Lisboa. Su primera entrada en el palacio de Versalles fué triste, estaba tronando, y el rayo rasgó las nubes en el instante que el que el mariscal Richelieu saludaba á la Princesa al pie de la escalera principal de Luís XVI.

—¡Fatal agüero! murmuró el noble anciano.

Cuando al espirar Luís XV, los ujieres abandonaron su cadáver para dar la voz tradicional de *¡El rey á muerto! ¡viva el rey!* Luís XVI de veinte años y María Antonieta fueron sobrecogidos de un temblor convulsivo, cayeron de rodillas, y de sus descoloridos labios se escaparon estas palabras que nadie comprendió:

—¡Piedad Señor! Reinamos demasiado jóvenes.

En Reims, á la hora de la consagración, la corona hirió la frente de Luís XVI, y algunas gotas de sangre mancharon el manto real. El mismo día la policía arrancaba esta odiosa inscripción en letras rojas, fijada por manos desconocidas en las paredes de la casa consistorial: *Consagrado el 11: asesinado el 12 de Junio de 1776.*

Decíase por último que la Reina había consultado secretamente el espejo mágico del célebre Cagliostro, y visto las espantosa imagen de su propia cabeza cortada.

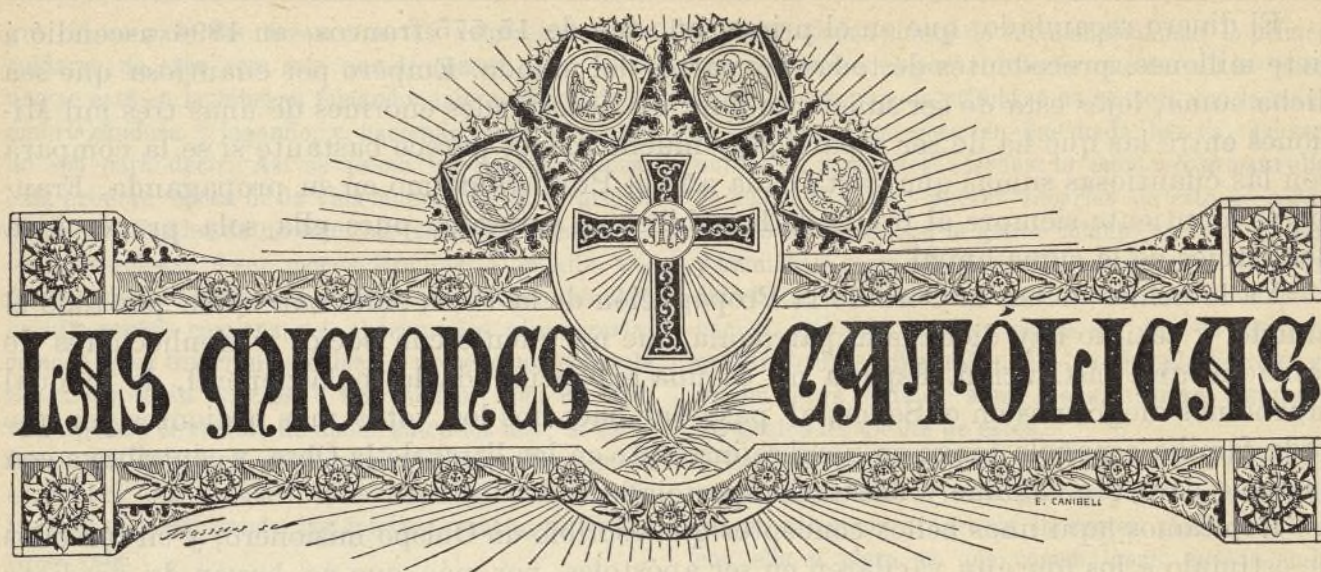
Esos fantásticos augurios debían mover á risa á los hombres curados de superstición; pero había otros más significativos en la miseria pública que aumentaba con frecuentes carestías, en el desbordamiento de las ideas más antirreligiosas y particularmente en la debilidad del Monarca.

Tras quince años de reinado se agradecían á Luís XVI algunas reformas, cuya iniciativa honraba su carácter; empero aquel afecto de justicia no se hermanaba con el cariño. El pueblo francés gusta ante todo de mirarse en el esplendor del poder, y Luís XVI carecía enteramente de ese exterior que impone ó atrae.

Corto de estatura y obeso, de fisonomía hemática é indecisa, apenas animada por una tímida sonrisa, y dos ojos desmayados, este Príncipe sin ventura, desheredado del gran tipo de su estirpe, poseía virtudes comunes desprovistas de genio, y al verle se adivinaba que el bien era el sueño de su vida, sueño irrealizable para la flaca organización agobiada por una corona.

Sobrado probo para su tiempo, creyó en el afecto de los que le rodeaban, y éste fué su largo error. Debiera haberse anticipado á la Revolución para contenerla ó sofocarla, y sólo supo protestar contra ella en discursos donde se traslucía un despecho humillado. Eso le perdió.

Había leído y releído la historia de Carlos I, sin presentir, que imitando al primer Estuardo, sería también su copia decapitada. La única diferencia que hubo entre ellos fué que á Carlos I le hirió un verdugo enmascarado, regicida que temió demudarse ante su víctima, y á Luís XVI, atado por los ayudantes del cadalso, le ultrajó el suplicio cara á cara, careciendo sus postreros momentos de la lúgubre poesía de la muerte. Para reinar sólo poseyó Luís el arte del disimulo, y para absolver sus flaquezas no encontró en su ánimo sino la resignación del mártir.



LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE



AN benemérita Asociación celebró hace pocos meses sus bodas de diamante, siendo París y Lyón, centros principales de la Obra, las ciudades en que con mas pompa y mayor asistencia de Obispos, sacerdotes y simples fieles se conmemoró el fausto acontecimiento.

Lyón fué la cuna de tan admirable institución de caridad cristiana. Sus comienzos fueron modestos, como suelen serlo los principios de toda obra bendecida por Dios. En 1815 el Ilmo. Sr. Dubourg, obispo de Nueva Orleans, volviendo de Roma, donde había sido consagrado, y pasando por Lyón, recomendó á algunas caritativas damas varias necesidades de su lejana diócesis. Con ese motivo les sugirió la idea de formar una Asociación, cuyos miembros contribuirían con un franco anual para las Misiones de la Luisiana en los Estados Unidos.

Después de algún tiempo se volvió á abrir el Seminario de las Misiones Extranjeras de París, y como su pobreza era extrema, se hizo un llamamiento á la caridad de los católicos de Lyón. De este modo quedó fundada otra Sociedad, obligándose cada uno de los socios á pagar una cuota cada semana para el mantenimiento de dicho seminario y de sus misioneros. Por algunos años ambas Asociaciones permanecieron separadas, pero bien pronto se vió la necesidad de fundirlas en una sola. Al efecto se reunieron sus jefes respectivos, y adoptaron unánimemente el plan de constituir una vasta Asociación que extendiese su caridad á todas las Misiones del orbe católico. Se creó acto continuo un presidente y una Comisión para organizar la nueva Sociedad, la que tomó el nombre de *Obra de la Propagación de la Fe*.

Quedó ésta definitivamente fundada el 3 de Mayo 1822, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, y día muy apropiado para inaugurar una empresa que tenía por objeto extender á todo el mundo los beneficios de la redención. Contando con la aprobación y bendición de los superiores eclesiásticos, la santa Obra hizo rápidos progresos, propagándose de Lyón á toda Francia, y de Francia á los países convecinos. Pío VII la enriqueció con numerosas indulgencias; Gregorio XVI, en su Encíclica de 1840, la encomendó calurosamente á todas las diócesis, poniéndola entre las instituciones que miran directamente á la propagación de la verdadera fe Pío IX y el actual Pontífice León XIII la colmaron de alabanzas y bendiciones, aumentando también el tesoro de las indulgencias para los bienhechores y miembros de la Obra.

El dinero recaudado, que en el primer año fué de 15,575 francos, en 1896 ascendió á siete millones, procedentes de todas las partes del mundo. Empero por cuantiosa que sea dicha suma, lejos está de ser suficiente para las necesidades enormes de unas tres mil Misiones entre las que ha de ser repartida; y mucho menos parece bastante si se la compara con las cuantiosas sumas que gasta cada año el Protestantismo en su propaganda. Francia se mantiene siempre al frente de la nobilísima empresa, pues ella sola proporciona dos tercios de la suma anual.

Ya lo hemos dicho; la Obra de la Propagación de la Fe se halla extendida por todo el mundo, y casi no hay diócesis ni parroquia que no cuente con socios y bienhechores de tan admirable institución. España no es una excepción de la regla general, de lo cual mucho nos alegramos en el Señor, al paso que hacemos los votos más ardientes por que cada familia española tenga su nombre inscripto en las listas de la Obra, y contribuya con su óbolo para tan sublime y meritorio apostolado.

Repitamos aquí unos bellos conceptos que escribió un Obispo misionero, y sirvan ellos de estímulo á los que aun vacilaren en ser apóstoles, por más que no hayan de predicar ni abandonar el dulce hogar doméstico. Grabe cada cual estas palabras en lo más hondo de su corazón:

«El dinero que ofrece tu mano para la Propagación de la Fe, no es el precio de un simple bocado de pan que sirve para sustentar al pobre misionero, sino la voz de la verdad eterna, cuyo eco resuena en medio de los más remotos y formidables desiertos del mundo; es la doctrina que ilumina al ignorante; es la palabra de Dios que por tu medio rescata y convierte innumerables almas.

«Y si el que acoge á un profeta en nombre del Señor, obtiene un premio igual al del mismo profeta, ¿cuál no será la recompensa del que con el apóstol ejerce el apostolado? En verdad, tú, por medio de la limosna, crecida ó pequeña, que das al misionero, caminas y te diriges con él á las regiones más apartadas; con él penetras en los más espesos bosques; con él instruyes y bautizas, y con él á buen seguro alcanzarás el merecido galardón. Hazlo, pues, así; te lo pido por Dios; te lo pido en nombre de la Religión y de la caridad cristiana; te lo pido, en fin, en nombre de tus miserables hermanos, que no le cuestan menos que tú á Nuestro Señor Jesucristo. Hazlo, repito, y de este modo ganarás á muy poca costa el reino de los cielos.»

Nada se puede añadir á tan bellas palabras. ¡Oh! los que acostumbramos á dar algo cada año para la Obra grandiosa de la Propagación de la Fe, no cejemos en tan laudable empeño nosotros mismos, y esforcémonos también por tener muchos imitadores de nuestra caridad.

CORRESPONDENCIA

CHINA

Servidumbre de las mujeres.—Costumbres y vicios de los chinos

LAS mujeres son aquí por lo común verdaderas esclavas de los caprichos del hombre, escribe el Padre Fr. Benito González, misionero agustiniano. Si los padres son pobres ó no tienen hijos varones, ó aunque los tengan si les nacen muchas hijas, la desgracia de éstas empieza con el nacer: todas las que pasan de dos, ó á lo más tres, ó su misma madre las sofoca al nacer, ó su padre inhumano las vende por cuatro chapeacas cuando apenas sueltan el habla. Mejor es la suerte de las hijas de padres ricos si juntamente con ellas tienen varones; viven y huelgan hasta el

tiempo de casarse, regalándolas y mimándolas sus madres cuanto no es decible, y supliendo por ellas de algún modo lo que ellas después han de suplir por otras.

Aunque sean de padres ricos, si delante no nace algún hermano, desde la tercera ó cuarta arriba reciben al nacer el mismo trato que las hijas de los pobres. Desde el día que se casan, sus padres se convierten para ellas en despegados padrastrós, sus maridos se avergüenzan de tratarlas, porque no las conocen y porque son mujeres. ¡A tanto llega el recato! La suegra descarga sobre ellas el peso de toda la casa; ellas traen agua, arreglan la comida y se buscan leña y van al mercado, y sallan el maíz donde lo hay, y lo hacen todo. Crece más su desgracia si les han tocado en suerte maridos de aquellos que buenamente se llaman literatos: mientras ella trabaja de luz á luz como una ne-

gra, él se pasa las horas muertas delectando, sin cuidarse de otra cosa más que de comer, si ya no es que se esté en la taberna fumando opio noche y día, y embriagándose y jugando, y haciendo otras cosas que no son para decir. Así se pasan las pobres esposas esta primera época de la vida muerte hasta su primer parto. Si Dios les da un hijo, las relaciones desde entonces empiezan á ser menos tirantes; si es hija, todavía siguen lo mismo; si al segundo ó tercero no nace un hijo varón, comienzan á aborrecerlas y castigarlas como si ellas tuvieran la culpa, y á veces por esta sola causa las echan de casa ó las venden. Sólo los hijos varones son el vínculo de amor entre los dos; si éstos faltan, la mujer en suma es desdichada. De aquí la esclavitud, ó el suicidio, ó la deshonestidad; una de las tres vías por donde las infelices acaban su desastrosa vida.

Los raptos son cosa muy frecuente: individuos hay que tienen por oficio robar doncellas, y con ellas hacer comercio. Otras veces los padres no quieren entregar la prometida porque el yerno ha empobrecido después del desposorio, ó por haberla desposado al mismo tiempo con otro que les parece de mejor talante que el primero. Al primer pretendiente, en semejante caso, no le queda otro remedio que acudir con gente armada y arrebatársela si puede. De aquí los trágicos sucesos que muchas veces se ofrecen al conducir la novia á casa del novio entre trompas y clarines; de improviso cae sobre la comitiva un escuadrón enemigo con mano armada, que en un momento muda las cartas y convierte las bodas en amargos pesares. Y para tales actos no hay quien no preste su ayuda *gratis et amore* si el pretendiente es el primero con quien han desposado á la joven, porque no hay otro medio de poder defender á quien asiste el derecho. El mismo mandarín aprueba estos actos y los da por muy lícitos, patrocinándolos si se ofrece el caso.

La avaricia es otro vicio capital de los chinos. Por una chapecá riñen á veces medio día; por dos he visto yo cargarse un haz de leña cerca de una legua por caminos resbaladizos; por cien ó doscientas que el prójimo por ventura les debe, hacen una jornada de dos ó tres días, gastándose acaso más de lo que les deben y exponiéndose á volver con las manos vacías. Es de ver cómo riñen y porfían, y se apuñean los cargadores en los puertos sobre quién se ha de tomar la carga cuando no basta para todos. Con cien chapecas de caudal ó prestadas empiezan muchos á comerciar, y á fuerza de ahorros y economías llegan á hacerse ricos. Hablando de lucro, los hay que en pequeña escala se ganan por mes ó por semana ó al día el 10 y 20 y más por 100; en grande escala, la regla admitida por todos como lícita y corriente es el 30 por 100 al año; pero son pocos los que no la traspasan. El *periculum sortis* puede decirse que es siempre inminente. Por un levísimo interés suelen á veces andar de tribunal en tribunal, sin permitir jamás al prójimo salirse con la suya cueste lo que costare, corriendo parejas la avaricia con el rencor y deseo de venganza que mutuamente se guardan, sin reconciliarse jamás. De donde se originan facciones frecuentes de familias contra familias y pueblos contra pueblos, sin perdonar los mayores sacrificios. Cuando

se les proponen puntos de suma importancia, lo primero que preguntan es por el interés que de allí les puede venir; si éste no es visible, ó no se toca con la mano, le desechan como cosa en que nada les va, así sean puntos de momentos eternos; lo *momentoso* para ellos es comer y gozar; querer sacarles de esto es perder tiempo en balde. Así la gente común, que parece llana y humilde y servicial, lo es sólo por interés; el día que éste falta, dan bien á conocer el dañado fin con que lo hacían. Sólo se dan dos casos en que no les duele gastar; bodas y funerales. La parsimonia con que vivieron larga serie de años apenas alcanza á sufragar los gastos de un día de éstos.

Parecen pacíficos, pero en realidad son crueles y sanguinarios más de lo que decirse puede; que se deleitan en derramar sangre de inocentes víctimas y teñir con ella el plato en que comen, como sucede en los levantamientos y bandos, de que se podrían traer ejemplos muy recientes. Testimonio palpable ha dado la vecina provincia de Cui-t'chou, pobladísima hace cosa de treinta años y convertida hasta el día de hoy en vasto cementerio. Más reciente es aún otro, aunque en menor escala, sucedido en un territorio de la provincia de Se'utch'uan, que solía ser guarida de ladrones, á quienes por no poner medios bastantes eficaces no podían traer á mandamiento. El virrey obtuvo un decreto imperial, y en su cumplimiento mandó un escuadrón de soldados con orden de pasar á cuchillo á todo viviente, sin distinción de malhechores e inocentes. Con ejemplar tan cruel quedó una región de diez leguas desierta y execrada.

En la virtud de la templanza tampoco han echado hondas raíces. Es cierto que su ordinaria comida es el arroz sin sal, y otros manjares desabridos; pero es por no poder más, que su pauperismo es extremado; puestos en la ocasión, no saben dejarlo; engullen y se sacian como mal criados puercos, sin reparar si es provechoso ó nocivo, si el prójimo se queda ó no ayuno por su causa. Tampoco son muchos los que beben vino al diario; mas cuando celebran sus bacanales se embriagan y ponen como una uva, así hombres como mujeres. Unos y otras fuman en pipas de una ó dos varas de largo, y fuman tabaco del país picado muy menudamente y casi reducido á polvo. Estos y aquéllas, recostados indecentemente en grandes escaños ó armazones de camas, se tragan inmensas bocanadas de inundo opio, como dicho es, que les hacen dar convulsiones y retorcerse como si padecieran intolerable dolor de vientre, acarreándoles tan infame vicio enfermedades sin cuento que los envejecen tempranamente, cortándoles los días del vivir en el verdor de sus años.

Otras costumbres.—Son muy pagados de sí mismos, y gustan cuanto no se puede ponderar que los alaben y los traten con mucha deferencia, como ellos lo hacen con escrupulosidad y cuidado sumo; no dejarán pasar el menor descuido que con ellos se cometa en este punto. Por eso seguramente que les hace mal estómago cuando fuera de su patria algunos europeos los tratan con tanto desdén, haciéndoles servir de irritación y de juguete. De la misma delicadeza usan en sus escritos, de cualquier género que sean. Las cartas que mutuamente se escriben, aunque sean entre familiarísimos, van siempre

llenas de humildades y desprecios de sí mismos, con mucho ensalzamiento y alabanza de la parte á quien escriben. Bien pueden recordar en ellas enemigos capitales á quienes de muerte aborrecen, que jamás pondrán en ellas una coma ni una tilde que hiera su fama en lo más mínimo; se andan con tal tiento, que los que no participamos de su sangre difícilmente los podemos imitar.

«Ninguno que no sepa bien leer y escribir, y demás de eso la lengua cortesana (1), decía el P. Rada (2), no puede ser gobernador; que algunas provincias tienen diferente lengua, aunque todas combinan, como portugués, valenciano y castellano. La letra es la más bárbara y difícil que se ha descubierto, porque más son caracteres que letras; que para cada palabra ó cosa tienen letra diferente; de manera que aunque uno conozca diez mil letras no sabe leer todas las cosas, y así, el que más sabe leer entre ellos es el más sabio.

«En sabiendo alguno del linaje de hidalgos (3) leer bien, examínalo de bachiller y pónenle dos ramilletes de plata en las orejas, y llévanlo á caballo á dar un paseo por la ciudad con banderas y ministriles delante, y en volviendo á casa se celebra un convite de gente muy lucida para festejarle, y todos los parientes y amigos y conocidos le mandan tarjeta gratulatoria juntamente con un regalo de chapecas (4) ó piezas de seda y algodón y abanicos muy pintados, y otras cosas de valor.

Toda la gente honrada por lo común anda en sillas ó literas cuando sale de la casa, aunque sea por la ciudad, ó vaya á visitar á otro que no dista sino unos cuantos pasos; porque ir á pie es de gente muy baja que no tiene dos maravedís que gastar: las sillas van siempre en hombros de dos ó tres hombres generalmente; los mandarines salen tirados por cuatro ú ocho si son vi-reyes, y delante va el pendón ó tirasol (5) con banderas y ministriles.

Hacen mucha estimación de la barba, por lo mismo de ser rarísimos los que la tienen un poco poblada. Poca ó mucha, en llegando á los cincuenta (ó antes si tienen nietos ó son titulados) se dejan el bigote, aunque

(1) La lengua cortesana, como el mismo vocablo lo dice, es la que se habla en la corte de Pekín. Un año ó dos antes de ejercer el mandarinato, cada mandarín debe morar allí para aprenderla. En general, se diferencia poco de la que hablan en las provincias septentrionales y aún centrales; la que hablan en las meridionales, y muy especialmente en Cuang ton (ó Cantón), difiere mucho.

(2) *Relación del viaje á la China.*—Rev. Agust.

(3) Linaje de nobles quiere decir ricos, porque para salir uno bachiller necesita gastar muchas chapecas.

(4) El mejor regalo que se les puede hacer es el de chapecas: 400 ó 500 (dos pesetas) es oferta muy notable; si llegan á mil, es extraordinaria. Consista en ellas ó en otra cosa, la dádiva se envuelve bien en papel de estraza muy grueso, se ata y se pega al exterior una cuartilla de papel encarnado con cuatro letras á manera de anuncio, y levemente prendida en la cuerda la tarjeta del donante.

(5) A éste puede que se refiera el P. Rada: la forma es de quitasol, pero bastante mayor, con mucho fleco pendiente de la circunferencia, y es llevado en manos de un hombre que suda la gota gorda: si son grandes mandarines, es de damasco de color encarnado muy vivo. En China, el quitasol propiamente dicho no se conoce: el paraguas hace á los dos. Pero no hay paraguas de seda ni de otra tela; todos son de papel lustroso oleado ó huleado; los de tela, poco usados aún, todos vienen de Europa. Pudiera también referirse á una especie de abanico circular de tela preciosa, con manilla de hueso ó marfil, de frecuente uso entre los nobles como abanico y como quitasol: no es de abre y cierra.

no tengan más que cuatro pelos encaramados en un lunar ó berruga; y el día que se la dejan, que es el aniversario de su natalicio, le celebran con desacostumbrada pompa, casi como el día en que se casan. En llegando á los sesenta, se dejan bigote, patillas y barba, así sea tan mala que se halle un retal en Flandes y otro en Gibraltar, y solemnizan aquel día con un nuevo convite, que después repiten cada decenario con tanta mayor pompa cuando en más avanzada edad vayan entrando. De los sesenta arriba son tenidos en mucha veneración y respeto, y se forma de ellos concepto muy alto, estimando su virtud por el número de años. Así, tratándose de algún viejo, es muy frecuente oírles decir que es hombre de mucha virtud, pues el cielo le ha concedido tal longevidad de días.

Nuestra tarea se haría interminable si fuésemos á contar todas las necedades y extravíos, é *increíbles creencias* del pueblo más fementido de la tierra, de los hombres más ininteligibles y de corazón más solapado entre los hijos de Adán. Poquísimos hemos dicho, ó mejor nada si se compara con lo mucho que queda por decir; pero creemos será lo suficiente para poder formarse alguna idea de lo que es el chino, tan desconocido de los europeos aún en el día de hoy.

FERNANDO POO

Excursión por el interior de la isla, recorrida de Este á Oeste

El R. P. Ramón Albanell, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Santa Isabel el 18 de Julio de 1897, dando cuenta de una excursión verificada al Sur y á través de la isla de Fernando Poo en el mes de Febrero del mismo año:

El personal de la expedición, que se componía del difunto gobernador Sr. España, del Sr. Baillo, dos Padres misioneros (R. P. Juanola y el infrascripto), cuatro de nuestros colegiales y veintisiete crumanes, partió de la bahía de Santa Isabel á bordo del cañonero *Salamandra*, á la una de la mañana del día 18 de Febrero, llegando sin novedad á la bahía de la Concepción á las ocho de la misma mañana. Desembarcamos sin percance alguno, pues la mar estaba completamente tranquila, para dirigirnos á nuestra Casa-Misión, situada en la misma bahía, á una altura de 272 metros sobre el nivel del mar, acompañados del H. Puig que bajó á recibirnos. Entramos en el pueblo entre *vivas* y atronadoras salvas de los católicos indígenas, que con los niños del colegio y los reverendos Padres de la Misión, habían salido á recibirnos.

Esta Residencia se fundó á principios del año 1888, instalándose provisionalmente en una casita de madera construída cerca de la playa. Seis meses más tarde pudieron ya ocupar otra casa también de madera, pero más sólida y capaz, situada en la meseta de Bolobe, á 300 metros sobre el nivel del mar, con agua cristalina y abundante, buena ventilación y hermosa perspectiva. El aniversario de la fundación se solemnizó con la bendición de la capilla, de la cual tomó en ese día posesión Jesús sacramentado, y se pudo solemnizar la fiesta con el estreno de una buena campana que con su argentina voz causaba las delicias de aquellos sencillos bubís.

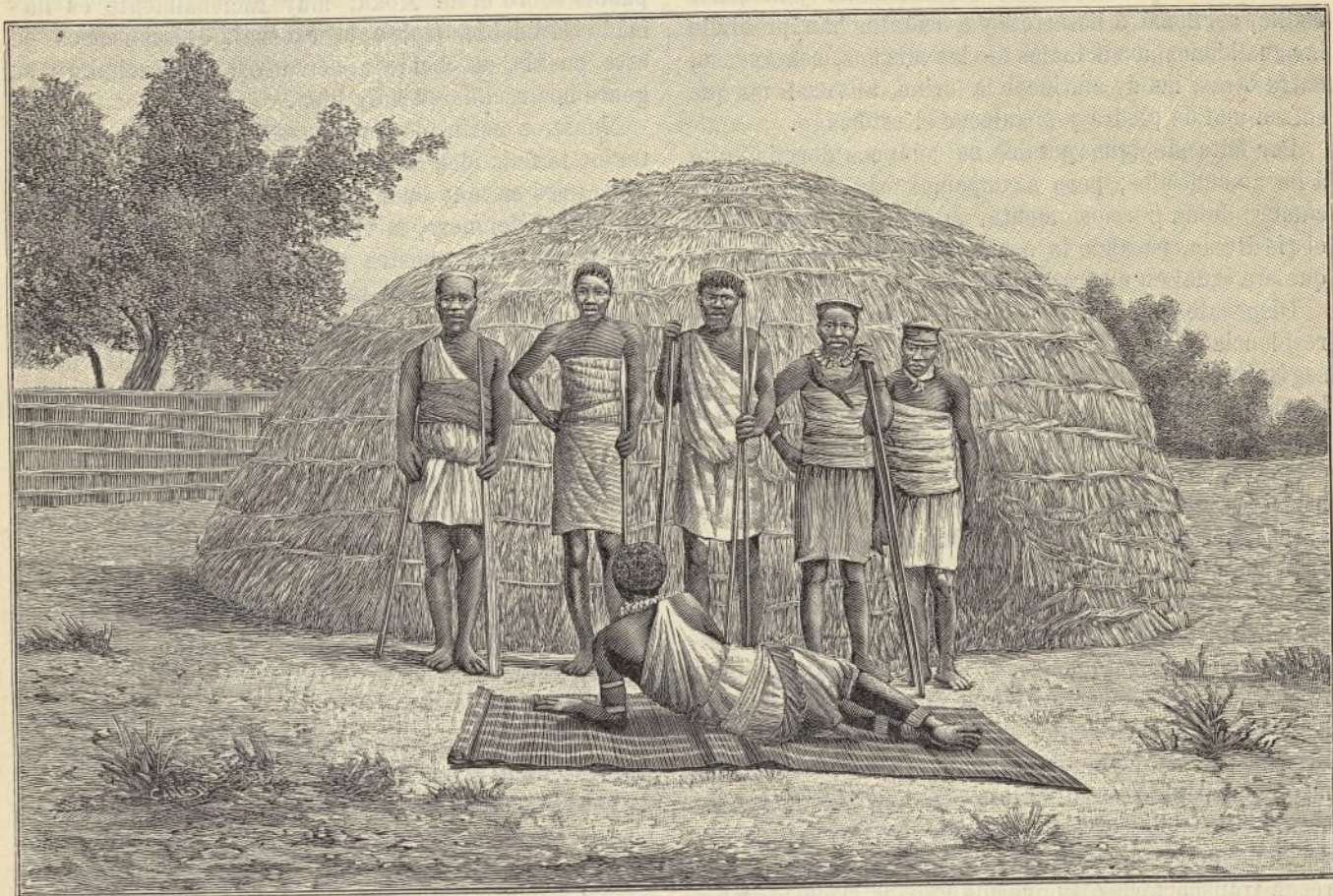
Había notable diferencia entre la temperatura del

litoral y la de estas alturas, donde se disfrutaba un fresco muy agradable, pues el termómetro oscilaba entre 31,20° centígrados. Gracias á la benignidad de este sitio pudimos contemplar uno de los manzanos que plantados por el R. P. Juanola mientras fué superior de aquella Misión, tenía ya varias frutas casi en sazón. No obstante, las manzanas en estas alturas no llegan á ser tan sabrosas como las de la Península. También vimos una vid recién traída de España que estaba fresca y lozana, y que había producido pámpanos. Parece prometer algo; pues á la misma altura, y aun menor, se da la vid silvestre, que produce racimos de grandes proporciones, si bien su fruto sabe á una acidez bastante pronunciada.

Pernoctamos en la Misión para continuar nuestro

sobre el nivel del mar, con una temperatura que oscilaba entre 25,18° centígrados

El día siguiente (20 de Febrero), después de saludar á algunos indígenas que, viniendo de una fiesta celebrada en otro pueblecito llamado Matdo, pasaron por nuestro campamento, emprendimos de nuevo la marcha para el pintoresco Loreto. Pasamos después de una repentina bajada el río Ruma (1), encontrando numerosas especies de helechos, desde el arborescente que alcanzaba cinco y siete metros, hasta el más diminuto; varias especies de flores, entre las cuales estaba el lirio silvestre, pero ninguna de ellas exhalaba olor. El bosque cambiaba de vegetales á medida que íbamos subiendo, y el verde musgo cubría desde la piedra hasta el más empinado árbol.



BASUTOLANDIA.—Guerreros zulús. (Pág. 14)

itinerario y dirigirnos el día siguiente hacia el lago Loreto.

Andando nuestro camino pasamos por un pueblecito de bubís llamado Balachalachá. Los habitantes nos dispensaron afectuoso recibimiento, y correspondimos á su buena voluntad regalándoles tabaco y caña, artículos muy apreciados de los indígenas.

Hicimos noche á unos quince minutos del citado pueblo indígena, cerca de un riachuelo de frescas aguas. Establecimos nuestro campamento, que se componía de dos tiendas de campaña, una para el señor Gobernador y otra para el Sr. Baillo, de dos hamacas, una para cada misionero, y chozas fabricadas de improviso por el personal de la expedición, á una altura de 930 metros

Protegidos de los rayos del sol por la sombra de los árboles del bosque, llegamos al lago Loreto á las once y media de la mañana.

Está situado el Loreto á una altura de 1,262 metros, en una temperatura máxima de 23° C. y mínima de 16° C. El lago está formado, según todas las señales, aspecto y naturaleza del terreno, por el cráter de un gran volcán. Es de forma exactamente oval, extendiéndose su radio mayor de O. á E. Todas las vertientes que, al menos, se elevan sobre el nivel del agua un kilómetro, están como cortadas á pico; de suerte que sería imposible bajar al agua, si carecieran de la exuberante

(1) Así llamado por los bubís porque viene de las aguas minerales, á causa del ruido que hacen.

vegetación y arboleda de que están adornadas. Alimenta al lago una abundante y fresca fuente que, brotando á la mitad de una de las vertientes, se precipita en el fondo, formando blancas cascadas. No pudimos descubrir salida exterior del agua, ni creo que la pueda haber, atendida la configuración y naturaleza del terreno.

En tan pintoresco y ameno sitio pasamos la noche del 20 al 21, bajo el mismo alojamiento que la anterior, rodeados de un ambiente que no es posible disfrutar en las playas.

Continuando nuestra excursión pudimos luego contemplar otra de las maravillas de que está enriquecida esta hermosa isla. Me refiero á los manantiales de aguas minerales de Riaká, descubiertos por el R. P. Juanola en 18 de Marzo de 1895. Llegamos la misma tarde á los manantiales, probamos sus aguas y parecieron muy buenas al muy ilustre señor Gobernador y al señor Baillo, así como á nosotros y á cuantos han probado las cualidades medicinales de las mismas, contándose, entre otras, las de clarificar la orina, aliviar á los que sufren mal de piedra y fortalecer el estómago.

Por falta de agua potable no pudimos dormir junto á los manantiales, pero acampamos más arriba, en la cumbre de un hermoso monte, entre los manantiales y el río Ruma, pasando la noche del 21-22 en este sitio, que era igual en altura al Loreto.

Dispuesto ya el personal, nos dirigimos hacia la residencia de Moka, supremo jefe de los indígenas, y según íbamos subiendo notábamos distinta vegetación, hasta que, dejando el espeso bosque, divisamos paisajes semejantes á los de la Península: montañas más ó menos elevadas, pequeños cerros, llanuras cubiertas de hierba, helechos, de trecho en trecho grupos de árboles y arbustos. Nos hallamos á una altura de 1,280 metros. Los pueblecitos bubís que allí están enclavados á la sombra de los árboles plantados, con objeto de tener combustible, por el indígena; las extensas bien alineadas y verdes plantaciones de ñames y malanga que, para su subsistencia, cultiva el bubí; la zarza y otras hierbas de la Península, que no podemos ver en los litorales; la fragancia que exhala la menta y hierbabuena al ser movida por el viajero mientras pasa por estos estrechos senderos, todo lo cual, unido á la frescura del ambiente, recrean dulcemente al transeúnte y parecen transportarle á su querida España. Todo lo dicho, junto con un extenso horizonte, forman del valle de Moka el panorama más hermoso de cuantos se han visto en la isla.

Acampamos frente al pueblo de Moka en una arboleda, en donde contramos el H. Puig que había salido de la Misión de Concepción acompañando algunos hombres con víveres para continuar nuestra excursión.

Llegado que hubimos al pueblo del jefe supremo de los indígenas, nos internamos en él por un ancho camino cercado con secos troncos de helecho arborescente, hasta llegar á la habitación de Moka, sobre cuya vivienda ondeaba la bandera española.

Salió dicho jefe al encuentro de la comitiva y nos saludó según su costumbre, sin cesar de contemplarnos y prorrumpir en frecuentes exclamaciones y cumplimientos.

El señor Gobernador le tomó cariñosamente de la

mano y le hizo sentar á su lado, y después de larga conferencia le regaló caña y algunos cigarros.

Moka, portándose según convenía, regaló un cordero al representante de España.

Como la noche se iba acercando dormimos bajo la arboleda, entre los cantos del gallo, los balidos de las ovejas y el fresco de aquellas alturas, que el termómetro señalaba 20° máx. y 15° mín. centígrados en una altura de 1,200 metros.

El día siguiente, 23, partimos para ver un lago situado sobre las alturas del valle de Moka. Después de una hora de subida nos hallábamos en el último pueblo de la montaña, á una altura de 1,400 metros, llamado Echuebba (que quiere decir sobre la cabeza). Nombre muy adecuado, pues siendo Moka el jefe supremo de los indígenas, es como su cabeza, y hallándose este pueblo sobre el de Moka, muy racionalmente es llamado Echuebba (sobre la cabeza). Descansamos en este pueblo, en donde almorzamos. El Muehuku y su gente nos recibieron muy bien.

Nuestros estimados misioneros de Concepción han tenido la feliz idea de plantar árboles frutales, que encontramos en muy buen estado: la higuera, el manzano, el melocotonero, la vid y el peral estaban muy lozanos. Durante nuestra permanencia en Moka y en Echuebba comimos patatas, cosechadas en este último pueblo. Visitamos el campo que las produce, y son de buena calidad, si bien después de replantadas dos ó tres veces degeneran algo, y es mejor renovar la semilla traída de Europa. Hemos ya visitado nuestros plantíos, y descansado, y henos ya caminando hacia el lago de Moka. Una hora y quince minutos de andar, y ya lo estamos contemplando. Es mucho mayor que el Loreto, y tiene el agua salida por la vertiente del Sur; en tiempo de lluvia el nivel del agua sube, bajando en la estación seca, dejando en su parte Norte cierta playa. Como la altura no lo consiente, no tiene este lago las vertientes pobladas de árboles, como el Loreto, pero sí de alta hierba, helechos y matorrales. La escasez de tiempo no nos permitió bajar hasta el agua. Hemos subido á 1,800 metros.

Antes de apartarnos de estas frescas alturas, nos parece oportuno notar, que los indígenas que moran en estos sitios son más robustos que los que habitan más abajo; que edifican con más orden, hermosura y solidez los pueblos (pues en el valle de Moka hay que tienen las calles empedradas, no con mucha finura, y cerradas lateralmente por empalizadas de troncos de helecho arborescente; las casas construídas sobre una plataforma, empedrada y más alta que el resto de la calle); tienen las facciones más semejantes al europeo, notándose principalmente más prolongación en la nariz, sin tenerla achatada como los que moran en los litorales.

Vamos bajando, á la vez que cruzamos la playa en dirección S. O. hacia Musola. Es preciso pasar otra noche en el bosque, y acampamos bajo dos ó tres copudos árboles, junto á un riachuelo de agua potable, y cerca de otros manantiales de aguas minerales que visitamos el día siguiente por la mañana.

Notamos que los hervideros ó manantiales lanzaban el agua á mayor altura que los anteriores, y que el gas carbónico desprendido subía más alto, puesto que en

las primeras sólo llegaba su acción á 0'50 metros del suelo, y en éstos á 1'20 metros. Estos manantiales, que gustaron mucho á todos los expedicionarios, fueron descubiertos en la misma época que los de Riaká y por el mismo R. P. Juanola. Los indígenas los llaman manantiales de Mioko.

Tras de una hora de andar llegamos á Musola, sitio en que hay dos hermosos edificios de hierro á doble plancha: uno para sanatorio militar, y otro para residencia de las reverendas Madres Concepcionistas, que se dedican á la educación de las niñas. Ninguno de los citados edificios, hasta el presente, ha servido para el fin por que fué edificado. Actualmente están bajo el cuidado de los misioneros. Nuestros Padres y Hermanos allí residentes nos recibieron muy bien, y asistieron según lo permitía la pobreza que acostumbra reinar en una Casa-Misión entre infieles al principio de su fundación. Permanecimos allí hasta el 28 por la mañana, día que nos esperaba en la bahía de San Carlos el cañonero *Salamandra*, que venía de Santo Tomé.

Durante nuestra permanencia en Musola vinieron varios bubís de los alrededores á visitar al señor Gobernador, quien les recibió muy bien, regalándoles caña y tabaco. Mostráronse estos indígenas muy agradecidos, festejando á la expedición con sus repetidos bailes, mucho más inocentes que los de la vieja Europa. El sitio de Musola tiene una topografía hermosa, extenso horizonte, y sobre todo, abundancia de agua, con dos magníficas cascadas muy cerca de los edificios.

A las diez de la mañana del 28 nos embarcamos en la bahía de San Carlos en el *Salamandra*, llegando sin novedad, gracias á Dios, á la bahía de Santa Isabel á las cuatro de la tarde del mismo día.

Durante esta excursión hemos podido observar varios terrenos de la isla, que se prestan con ventaja al cultivo del cacao y del café, como son los terrenos de la bahía de la Concepción y Musola. Especialmente citamos esos terrenos, porque además de que la tierra es excelente para la producción de los citados frutos, está bien surtida de aguas potables y en buenas condiciones para vivir sin tanto peligro de fiebres el europeo, sobre todo escogiendo por morada la altura de 300 metros arriba. Estos terrenos, según la experiencia lo acredita, se prestan para la hortaliza y cría de ganado menor.

En las alturas de Moka resaltan todavía más, alguna de estas envidiables cualidades. Las llanuras y cerros llenos de hierba, hacen de aquellas alturas sitios muy á propósito para la cría de ganado vacuno. Está fuera de duda que en aquellas alturas viviría con menos peligro el europeo, pues los indígenas que allí habitan no saben lo que sea padecer fiebres.

BRASIL

Los Salesianos en el Estado de Pará

El R. P. Luís Giordano, misionero salesiano, escribe desde Belem (Pará) el 1.º de Junio de 1897, á su reverendísimo Padre Superior:

PARA satisfacer los vivísimos deseos del excelentísimo señor Obispo y del señor Gobernador del Estado de Pará, que ardientemente anhelan tener á los Salesianos en dicho Estado, me embarqué, con-

luciente todavía de una enfermedad, en Pernambuco el 1.º de Mayo para esta capital. A los siete días de feliz navegación llegué muy mejorado de salud, y recibí la más cordial hospitalidad en el palacio del señor obispo D. Antonio De-Castillo Brandao.

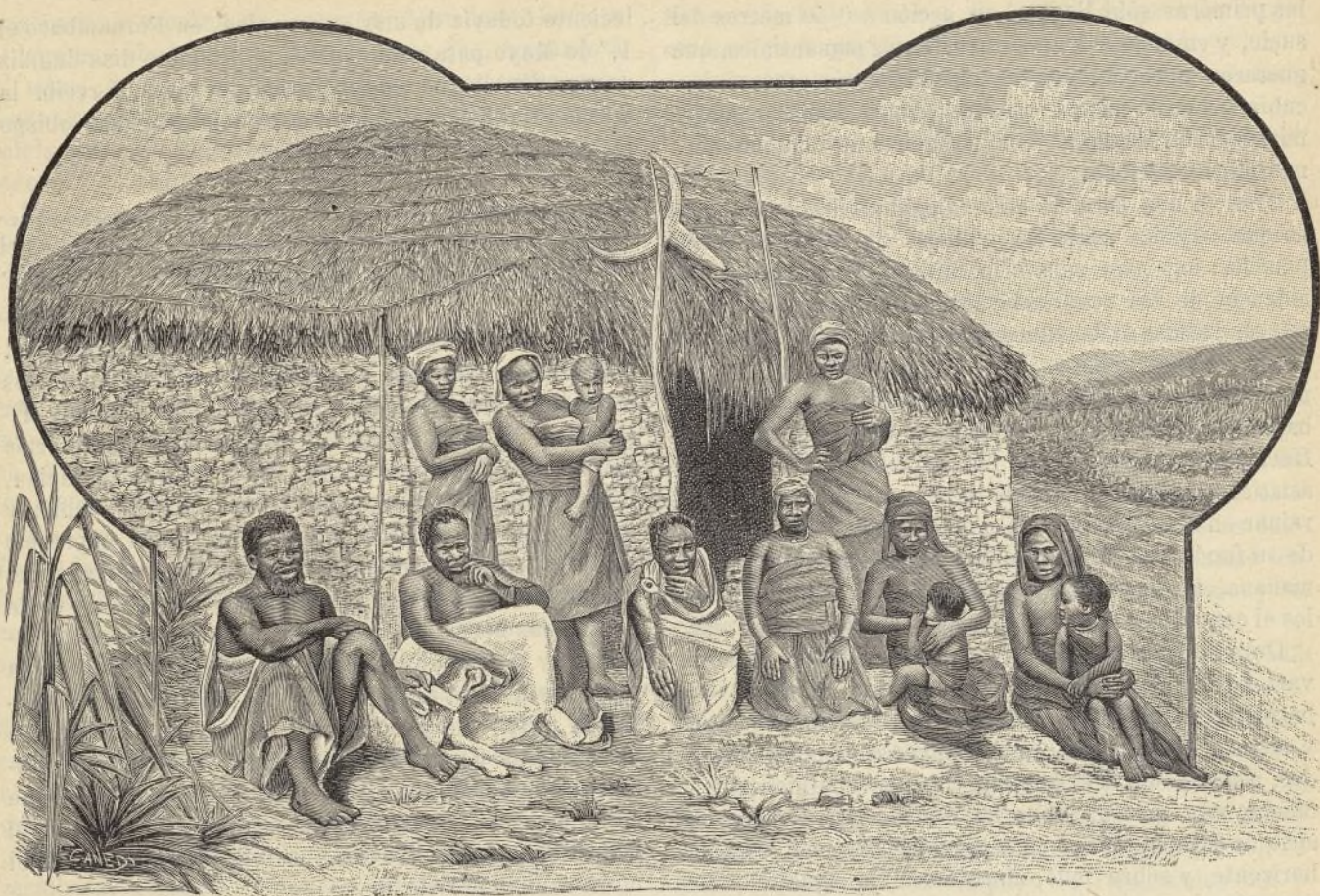
La capital.—*Miseria espiritual.*—*Obras que se quieren confiar á los hijos de D. Bosco.*—*La floresta virgen.*—*En la orilla del Maracanan.*—*Los indios miranhas.*—*Otras tribus de indios.*—*Ensayo de su lengua.*—*Dos bautismos.*

Belem está situada junto á las fuentes del Amazonas, y es el centro de todo el movimiento comercial de los inmensos y ricos valles del rey de los ríos y de sus tributarios. El calor ecuatorial se disminuye con la brisa del mar y con una lluvia casi diaria, de poca duración, pero abundantísima. Los habitantes son muy afables y en extremo hospitalarios. Agradable es la impresión que se siente al contemplar la grandiosa entrada del Amazonas, el bellissimo panorama del puerto, la vasta plaza y las hermosas calles, los monumentos arquitectónicos y la vida animadísima de la ciudad. Con mucha razón los de Pará acarician las más halagüeñas esperanzas de poder contar su capital, en día no lejano, entre las primeras de las dos Américas. Pero las impresiones que más mella hicieron en mi ánimo fueron las que me produjo la vista de tanta miseria espiritual y el lamentable estado de las almas, principalmente en el interior de la provincia.

Verdaderamente, amado Padre, Dios quiere que los Salesianos, secundando los deseos de la Autoridad eclesiástica y civil, vengán cuanto antes á trabajar en este vasto campo: todas las obras creadas por nuestro Padre D. Bosco hallarán aquí terreno apto para crecer y dar opimos frutos, así de bienes temporales como eternos.

Su Ilma. desea confiar á los Salesianos la dirección de la Obra de la *Providencia*, fundada por el ilustrísimo Sr. D. Antonio Macebo Costa, de inolvidable memoria. Es una magnífica finca de cerca dos kilómetros, con floresta virgen y terreno laborable. Tiene varios edificios capaces de contener ciento cincuenta jóvenes, y un grandioso taller que cuenta con motor y máquinas para trabajos de carpintería, herrería y fundición. El sitio es sano; el tren pasa inmediato, y para utilidad de la Obra tiene frente á la puerta de entrada una pequeña estación. Dista quince kilómetros del centro de la ciudad, pero para obviar esta dificultad se podría abrir otra casa en la misma ciudad destinada á colegio de externos y á oratorio festivo. Para este fin no nos falta la ayuda de personas que se interesan vivamente por la Obra.

El señor gobernador Dr. Paes de Carvalho, cumplido caballero y animado de los mejores deseos para el progreso de su patria, me ha hecho aceptables proposiciones para la Obra de las *Misiones de los indios y de los emigrados*. Para que yo viera y observara las condiciones climatológicas de las diversas zonas donde se hallan iniciadas ó por iniciar las Misiones, puso á mi disposición cuanto yo juzgué oportuno, y no pude negarme á inspeccionar por mí mismo el mucho bien que puede hacerse.



BASUTOLANDIA.—Aldea basuta. (Pág. 14)

El 12 de Mayo tomé el tren de la línea de Braganza en compañía del Sr. Dr. Juan Hosannah de Oliveira, procurador general del Estado y amigo de los Salesianos. Hicimos noche en Castanhal, lugar pintoresco y antigua colonia española. De madrugada proseguimos el viaje hasta donde llega el tren, y desde allí continuamos á caballo hasta la colonia de Jambuassú, que visitamos para conocer bien el estado higiénico, agrícola, económico y moral de aquellos buenos colonos. Hace apenas un año que abandonaron su patria para emigrar en busca de mejor suerte, y se muestran todos satisfechos por la abundancia de las cosechas que recogen. Sólo se lamentaron, y con justísima razón, de la falta de un sacerdote que eduque á sus hijos y les instruya á ellos. Yo los animé á pedir á Dios esta gracia con la oración diaria, y á dirigir repetidas instancias á la Autoridad.

Pero nuestro fin principal era llegar á la rancharía de los indios miranhas junto á la ribera del Maracanan, por lo que apenas nos detuvimos en la colonia. Un señor que con frecuencia les visita y les sirve de intérprete y de protector junto al Gobierno, se ofreció á acompañarnos. También el señor ingeniero de la línea férrea, Dr. Pinto, manifestó el deseo de unirse á nosotros. Montados en briosos caballos partimos á galope hacia la floresta virgen que debíamos atravesar en seis horas.

Los indios procuran ocultarse en medio de la floresta, sirviéndose de ella como de muro de defensa contra los civilizados, que frecuentemente van á cazarlos como si fueran seres dañinos ó animales feroces. Entre las bellezas de la naturaleza pocas superan á las de la

floresta. Los árboles en general son extraordinariamente gruesos, á dos ó tres metros de distancia unos de otros, y crecen cincuenta, sesenta y hasta cien metros. Sus ramas entrelazadas impiden frecuentemente que penetre el menor rayo del sol; los *sipó* ó lianas suben hasta la cima, y caen después por las ramas del árbol como las cuerdas de los palos de las naves. Los hay de madera durísima, de todas clases, de sabrosísima fruta, de variado colorido, desde la madera de *brasa* (llamada así porque tiene el color como la brasa, de donde toma su nombre el *Brasil*), hasta el *pau amarello*, el *angelimzeiro*, el *acapuceiro*, el *pau d' arco*, el *piquiãzeiro*, el *castanheiro*, y cien y cien otros. El hombre se siente pequeño delante y en medio de tanta grandeza que lo entusiasma y anonada: camina por un lugar misterioso con una luz débil, una temperatura baja, oyendo revolotear entre los árboles pájaros de canto extraño y huir á su paso animales jamás vistos. Es una verdadera imagen de la selva áspera y fuerte del Dante; y, ciertamente, sin un Virgilio que sirva de guía, no es prudente meterse muy adentro.

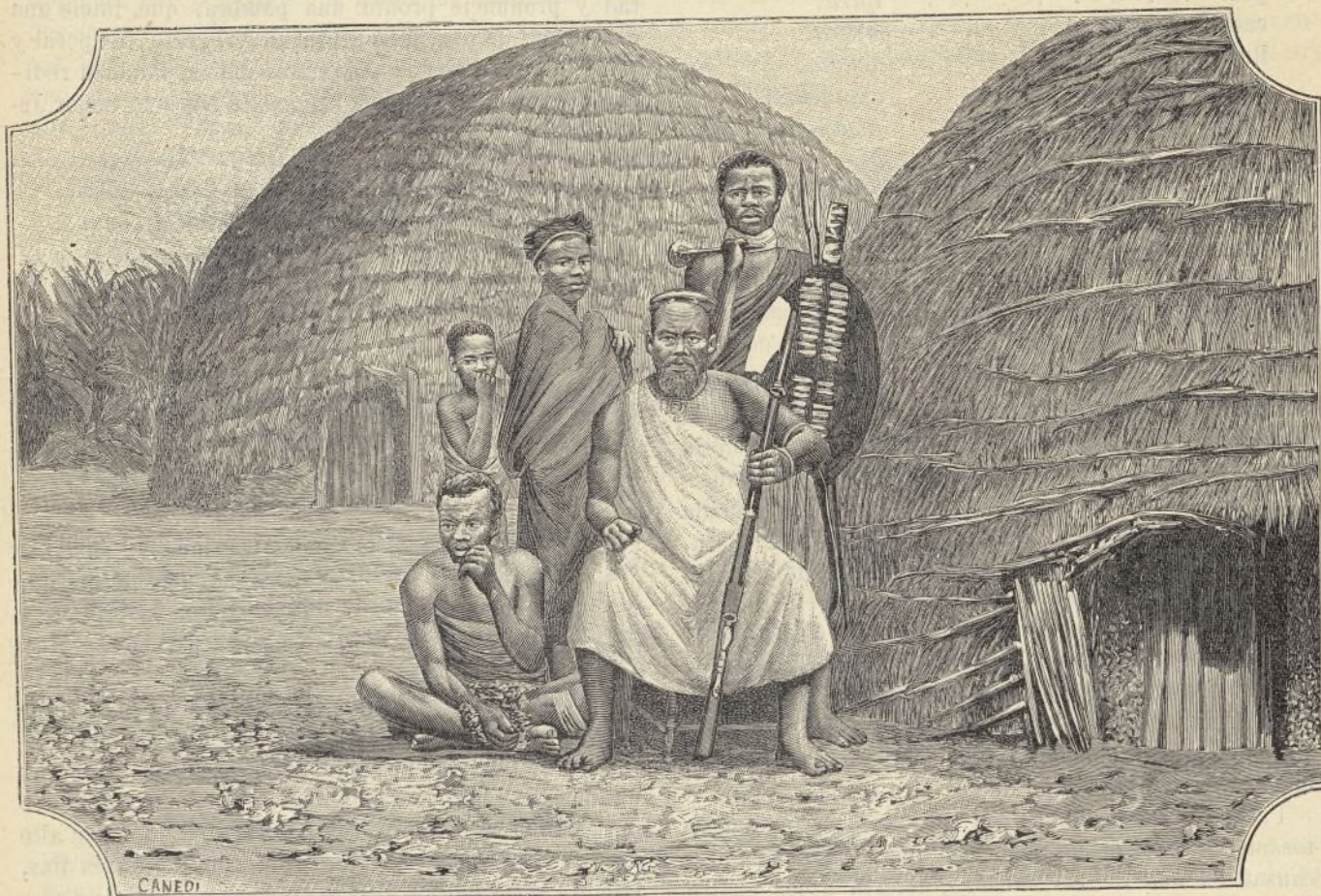
A las nueve almorzamos junto á la fresca y cristalina corriente de un *igarape* ó riachuelo, y puestos nuevamente en marcha tardamos todavía algún tiempo en llegar á la meta de nuestro viaje. Atravesamos no sin dificultad varios arroyos que dan á la floresta una nota más sonriente, y llegamos á medio día al Prata, tributario del Maracanan. A las voces de nuestro conductor respondían los lejanos gritos de los indios, que aparecieron poco después en canoa y nos trasladaron á la orilla opuesta.

De los salvajes sólo los hombres se aproximaron; las mujeres y los niños nos espiaban desde lejos. Esta era la primera vez que veían á un sacerdote, por lo que podrá figurarse V. R. cómo me mirarían de piés á cabeza. El señor ingeniero tuvo la feliz idea de llevar consigo muchas monedas de níquel, y repartiéndoselas hizo desaparecer la desconfianza que mostraban. Yo me las entendí bien con los muchachos (*gurumi*), diciéndoles alguna palabra en la lengua *tupy* ó *geral* y en lengua portuguesa, que los más crecidos entendían, merced á algunas instrucciones que en sus visitas les hacía nuestro guía. La aparición de los caballos, que vadeando el Prata llegaron á la ranchería después que nosotros, motivó una escena cómica. Las mujeres y las niñas, que no habían visto jamás un caballo, huyeron espantadas, y cuando después vieron á dos de los nuestros que montaron á caballo y les hacían correr, su admiración llegó al colmo, y durante media hora iban y venían, huyendo y escondiéndose de los caballos.

Olvidando el cansancio del viaje, y pensando en la preciosidad del tiempo de que podíamos disponer para conocer á estos indios, hablamos familiarmente con

culto á los difuntos: sin embargo, desean ser instruidos y abrazar la verdadera Religión. El jefe (*tucháua*) goza del triste privilegio de la poligamia. Excepción hecha de los niños, los demás visten con alguna decencia: largos, negros y espesos cabellos, frente pequeña, ojos ovalados, color bronceado obscuro, pequeños de estatura, esbeltos y anchos de pecho, he aquí su retrato; son simpáticos y parece que tienen buen corazón.

A poca distancia de la ranchería de estos indios están las tribus de los gurupis, urubus, gamelas, tembergis y gaviões, todos sociables y de buena índole, excepto los últimos, los cuales han cobrado grande odio contra los civilizados por los malos tratamientos que de ellos han recibido: pero tomados por las buenas se amansan fácilmente. Tres mil es el número de estos pobres hijos de la floresta, distantes de la capital del Pará poco más de ciento cincuenta kilómetros. La lengua que hablan es la *tupy* ó la *geral*; es un poco difícil por lo gutural y aspirada, asemejándose á la española por la pronunciación suave de la *r* y de la *e*. Solamente con la práctica se puede aprender, y creo que en dos meses



BASUTOLANDIA.—Familia zulú. (Pág. 14)

ellos, observándolos, preguntándoles á los más discretos y tomando nota de todo. La tribu miranha es originaria del Ceará: perseguidos y destruidos en parte por otros salvajes, se refugiaron en este lugar en número de trescientos. Viven de la pesca y caza, y comienzan á plantar *bananeiras* y *mandioca*. En religión siguen el rito del Dios bueno y del dios malo, dando cierto

se podría hablar lo suficiente para hacerse entender de los naturales. He aquí algunas palabras, con su significado, tomadas al vuelo:

Yo soy.	<i>i he.</i>
tú eres.	<i>né.</i>
él es malo.	<i>nai catuía.</i>

bueno.	catú.
no.	nahani.
cuerpo.	herataquera.
pie.	hepen.
diente.	herahi.
nariz.	heti.
boca.	hezurú.
oreja.	henani.
cara.	herná.
pierna.	heratinan.
casa.	tapuhi.
brazo.	kedinú.
buenas noches.	jampituna.
buenos días.	jancuena.
buenas tardes.	janecaruca.
perro.	janara.
llorar.	azaheo.
reir.	pucapucú.
cielo.	kiuaca.
infierno.	hinaté.
demonio.	jurupary.
alma.	azan.
buey.	tapira.
pez.	ipira.
caza.	miara.
lluvia.	amana.
lluvia menudita.	amanairi.
lluvia torrencial con truenos.	amanaanongne.
agua.	hi.
huir.	zauana.
correr.	hari.
visitar.	titaggarha.
matar.	tizucan.
dormir.	aluri.

A eso del anochecer tuve una agradable sorpresa. Los niños, en número de cuarenta, se reunieron en la *choupana* que sirve de escuela, hicieron la señal de la cruz y repetían el *Ave María* que les hacía decir nuestro guía. Yo los animé y les dí á cada uno una medalla del Sagrado Corazón de Jesús y de María Auxiliadora, que aumentó nuestra confianza y la alegría de estos infelices.

A petición del mismo jefe de la tribu bauticé á un niño de nueve meses y á una niña de tres, poniéndoles por nombre Juan y María respectivamente, á fin de que María Auxiliadora y D. Juan Bosco sean sus protectores como asimismo de toda la Misión. Fueron padrinos el Sr. D. Juan Hosannah de Oliveira y el Dr. Pinto.

Pasamos todo el tiempo con ellos, conversando amistosamente hasta media noche, en que nos fuimos á descansar en una de las cabañas, abierta á los cuatro vientos.

Muy de madrugada se presentaron allí los indios para regalarnos flechas, arcos, huevos, fruta y caza.

Fué general y profunda la emoción en el momento de separarnos. Yo no pude contener las lágrimas cuando vi las medallas al cuello de los niños y de sus madres, que, mostrándomelas, me daban las gracias en su lenguaje y me suplicaban todos que volviera pronto... Hombres, mujeres, niños y niñas nos acompañaron hasta la barca, y algunos se metían al río para se-

guirnos por más tiempo. Muy lejos todavía oíamos los gritos del ¡á Dios! que resonaban en nuestros corazones.

Dejado el río y montados á caballo, emprendimos nuestro viaje de regreso, silenciosos y meditabundos por mucho tiempo bajo la impresión de las conmovedoras escenas precedentes. Nos paramos á comer en la florida margen del mismo río del día anterior, el Igaraapé, y con la caza guisada por los indios y condimentada con sal y apetito comimos perfectamente.

Poco tiempo después de medio día llegamos á la colonia de Juambuassú, y á las dos tomamos el tren para la capital, donde llegamos ya entrada la noche. En menos de catorce horas habíamos pasado desde las tinieblas de la selva á las calles iluminadas por gas y la electricidad, desde las cabañas en su estado primitivo al lugar de los monumentos, cuales son el teatro de Belem y la Catedral, de la compañía de los hijos de la floresta á la de los hombres de la civilización y del progreso. ¿Hasta cuándo permanecerán desheredados y proscritos... á las puertas de la ciudad y de la Religión, lamentándose de no hallar quien se las abra?

Abraselas V. R., amado Padre. Venza toda dificultad y pronuncie pronto una palabra, que inicie una nueva era de paz, de cultura, de progreso temporal y espiritual para estos pobrecitos indios, también redimidos con la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

LOS ÑIS Ó ÑI-PAS

TRIBU LOLOTA DEL YUN-NAN

POR EL P. PABLO VIAL, MISIONERO APOSTÓLICO

IV

Viaje apostólico al través del país de los ñis

(Continuación)

Consagración del Gepoma á San Miguel.—En Kuang-si.—Minas de hulla

SALIENDO del circo, el camino continúa un instante entre peñascos, y desemboca en una meseta que desciende un poco hacia el Este, apoyándose á ocho kilómetros más lejos en el pie del monte Real (Gepoma).

Veía por do quier vastos campos de trigo, pero ningún pueblo: todos están á lo lejos, ocultos en el bosque. En el fondo de un valle, cerca de un riachuelo hay algunos altos hornos donde funden el mineral de hierro que extraen algo más lejos; y, cosa singular, por alto que se remonte hacia el Norte, durante dos ó tres días, hállanse estos hornos al lado de ricas minas de carbón.

Subí al monte, y á mitad de él algunas casas de miserable aspecto deslucían el paisaje. Los habitantes ya no tienen los rostros tan simpáticos ni su franca sencillez; son pesados, sucios y presuntuosos.

Adelantéme á mis acompañantes, y por fin, de pie en la piedra más alta de la cumbre más eminente, abarqué de una mirada todo el país que habitan mis amadísimos lolos, y supliqué al divino Salvador que me

diese sus almas para llevarlas todas hacia El. Llevaba preparada una cruz de madera y la planté allí. Había también sellado una cajita de hoja de lata, con una medalla de San Benito y una consagración del Gepoma al arcángel San Miguel, vencedor del dragón infernal, y la introduje en un agujero profundo, fuera del alcance del agua y del viento.

Hecho esto, bajé algunos pasos para ponerme al abrigo de un viento impetuoso y del intenso frío que entumecía todos mis miembros.

Al bajar cogí como recuerdo una magnífica flor, que por sí sola valía un ramillete, y entré en Hohotsen (Gokœ).

Dimos la vuelta al monte San Miguel por el Sur: una rápida pendiente nos condujo al fértil valle de Pula (Pulu).

La aldea de Alu-a (Ashlava) está, por decirlo así, sentada en el agua. Cuento allí una familia cristiana. El día siguiente, al apuntar la aurora, no teniendo ya más fieles que visitar, me dirigí hacia la ciudad de Kuang-si-tcheu.

Los valles se sucedieron monótonos y fértiles. En Tchang-ma-kai advertí que me hallaba en China. Volví á ver los piés pequeños que había olvidado, los vestidos-sacos, los hombres andrajosos, los zapatos rotos, etc. Al salir de la población me interné en el bosque. A lo lejos, en la vertiente oriental del monte, vi una inmensa pagoda donde los diablos, bajo el hábito de bonzos, corrompen, envilecen y oprimen al pueblo. ¡Oh Dios mío! ¿cuándo reinaréis en estas multitudes que ignoran vuestra ley? Huello un país en que ningún misionero puso el pie, y sin embargo, ¡cuántas buenas almas aceptarían gustosas la luz y la verdad!

Al salir del bosque me hallé en una aldea de ocho familias indígenas. A cien pasos más lejos un lago tranquilo aísla de los ruidos del mundo á esos felices habitantes.

Mi reputación me había precedido. Nada había que temer, y me parecía entrar en mi casa. Después de cenar, todos los vecinos se reúnen y conversan, á la vez que hilan cáñamo.

Admiré aquellos rostros montañeses en los cuales su buen natural se refleja como la sombra de los grandes árboles en el estanque que hay al pie de la montaña.

Los chinos no pueden encontrarse sin hablar de procesos, y los lolos no se reúnen sin hablar de campos y bueyes.

Me entretuve con aquellos excelentes indígenas: les probé la falsedad de los ídolos y la dicha de amar á un solo Dios, y pude convencerme una vez más de que el alma es naturalmente cristiana: comprendieronme, aunque no por eso se rindieron.

El lolo no es capaz de seguir un razonamiento. Lo mismo que á los niños, hay que excitarles poco á poco á andar, primero con cuatro piés, luego con dos y sosteniéndoles hasta que un ejercicio prolongado les haya dado fuerza para caminar solos.

He aquí por qué me contento con sembrar primero palabras de vida que germinarán y fructificarán más tarde.

Esta aldea se llama Amœjedla, es decir, «la joven ahogada», en memoria de un accidente. Está lejos de todo camino principal: así el día siguiente tomé un guía para que me acompañase á la gran ciudad de Kuang-si.

Entré en ella por la puerta Oeste: las calles son anchas, las tiendas animadas y las blancas pagodas muy numerosas. En una posada de buena apariencia me ofrecieron una habitación cerca de la puerta.

Temía ser objeto de la curiosidad de los indígenas, y no me equivoqué. Empezó la procesión y llenóse el patio: si cerraba, abrían las ventanas, y por todas las rendijas brillaban ojos ávidos de contemplarme.

Preferí mostrarme á puerta abierta; pero la gente no se atropelló ni dió gritos, ni hizo la menor inconveniencia.

Entablé conversación con algunos, y me contestaron modestamente. Pero lo que más me cautivó fué la fisonomía franca é inteligente de todos los muchachos que se apresuraban á rodearme.

De cincuenta de ellos, cuarenta tenían la piel de una blancura muy poco chinesca, lo mismo que su aire y sus maneras. (V. los grabados de las págs. 16 y 17).

Lleno de satisfacción por haber hallado chinos simpáticos, resolví detenerme el día siguiente, que lo era de mercado.

Al levantarme, muy temprano, ya la multitud me aguardaba fuera: me retiré á un rincón para rezar el Breviario, y como todos me siguiesen, por fin me oculté en la casa.

La mayor parte eran lolos-ñis; mas otros tipos llamaron mi atención: desde luego los shinoes, cuyas mujeres visten jubón y camisa. El traje más curioso es el de los kodabœ (kololos): cubre su cabeza un casquete á la circasiana, adornado con perlas y cauríes, y ajustado á la barba por una sarta de abalorios: visten una chupa de cáñamo, corta y grasienta, con dos grandes pecheras de lana roja, como las de los trajes de ceremonia de los mandarines chinos, y luego un pantalón... europeo, salvo que se detiene á mitad de la pierna.

Decididamente el tipo de esta tribu nada tiene de elegante. Empero debajo de esos vestidos extraños hay almas bellas que sólo aguardan la voz del Altísimo para romper sus hierros: *Veni, Domine Jesu*.

Finalmente, me decidí á ponerme en marcha, y conmigo casi todo el mercado. Para no ser ocasión de tumulto me apresuré á salir fuera de la población.

Allí vi una nueva tribu, la de los ashis, vecina de los ñis, que hallé entonces por primera vez, pero entre los que cuento ahora la mitad de mis cristianos.

La ciudad de Kang-si-tcheu es una prefectura de segundo orden, pero de jurisdicción directa (tche-li-tchen), es decir, dependiente directamente del virrey.

Dista siete días de Kuang-lan-fu, dieciséis de Pe-se, siete de Kai-hoa y seis de Hin-y-fu.

Los habitantes, aunque la llanura no sea muy fértil,

parece gozan de honrado bienestar. Quizá esto sea una de las causas que han formado ese tipo más regular y más puro que en otras partes.

Kuang-si era el término de mi viaje. Así debía volver atrás, pero por otro camino, remontando al Noroeste hasta Siao-pu-tse, residencia de mi compañero el R. Birbes. Desde allí volví á mi casa.

Todo el camino hallé gentes de buena apariencia con un saquito conteniendo raíces odoríferas, que iban á

Puede utilizarse sin preparación alguna; pero el humo que despiden es sofocante.

Prefiérese mezclarlo con parte de agua y tierra formando adoquines que amontonan, y á los que prenden fuego, lo que produce un cok compacto, que quema sin olor, y se vende en el lugar de fabricación á media sapeca la libra: á dos jornadas más lejos cuesta ya tres.

La manera de usar este carbón es deplorable; apenas se utiliza la tercera parte de calor. Forman una especie de hornillo hueco en su centro con una reja abajo: llenan este hueco de carbón, y encima ponen la marmita cónica, que sólo toca el fuego por la punta.

La aldea de I-ui-chao (Jevi) está sentada como á lomo de caballo en uno de los flancos agudos de la montaña: es enteramente indígena, pero dependiente, por sus terrenos, de la pagoda.

Me dirigí á una casa techada con tejas, y su propietario, antiguo subteniente del jefe indígena, se apresuró á prepararme buen aposento, buen fuego y buena comida. Grandes y pequeños me rodearon mientras yo rezaba el Oficio, é interrogaban á porfía á mis acompañantes sobre ese *cheunfon* de quien habían oído hablar, pero que nunca habían visto.

Advertí con sorpresa que mi huésped, lolo de nacimiento y de corazón, sólo hablaba en lengua china. Dijéronme que era para engañar al espíritu de la grande montaña, que no le ama. ¡Pobre pagano! con una fortuna poco común, con inteligencia y buen corazón, no es feliz, y lleva impresas en el rostro las señales de constantes preocupaciones.

En Jevi todas las caras tan simpáticas y expresivas, son oscuras y como ahumadas, lo que había ya advertido en las poblaciones situadas al Oeste de la montaña.

Al principio creí que este color era natural, pero algunas noches pasadas en sus viviendas me permitieron descubrir la causa. Se alumbran exclusivamente con re-

sina formando bolita y colocada en una piedra: de ella se desprende un humo negruzco que se deposita en todas partes sin perdonar la garganta.

Al lavarme, advertí que el agua se volvía negra, y que mi pecho parecía vomitar tinta.

Como esas gentes se lavan raras veces, el negro de humo se impregna en su piel en capa más ó menos espesa. Este afeitado nada tiene de bello, pero es preferible á los menjurges con que se embadurnan diariamente las elegantes de Yun-Nan.



EGIPTO.—El encantador de serpientes. (Pág. 17)

quemar en la gran pagoda del monte San Miguel. Como era natural, hablamos de religión. La unidad de Dios es tan natural que sin dificultad la comprende la inteligencia del hombre de buena fe; así tuve el gusto de ver á aquellos portadores de perfumes, menospreciar lo que iban á adorar.

En las hoces profundas formadas por los montículos ramificados de la gran montaña, descubro por la primera vez, desde que estoy en China, buenas minas de carbón antrácito fuertemente impregnado de azufre.



LA ESTRELLA DE BELÉN

LAS REMINISCENCIAS DE UN MISIONERO

DE BASUTOLANDIA

POR EL R. P. PORTE, OBLATO DE MARÍA INMACULADA

Nada más interesante que el Diario de impresiones y recuerdos que hoy empezamos á publicar, debido á la pluma de un misionero ejercitado en trabajos de esta índole. Es un golpe de vista exacto sobre los quince años transcurridos desde la llegada del R. Padre Porte al inmenso campo apostólico encomendado á los reverendos Padres Oblatos de María Inmaculada en África Austral. El relato empieza en el momento en que los ingleses se veían rodeados de mil dificultades en aquel período de combates en uno de los cuales pereció el hijo de Napoleón III.

Los ingleses no debían establecer definitivamente su dominación sobre las diferentes tribus de Basutolandia, sino poco á poco y muchos años después de los sucesos por los cuales nuestro misionero comienza su relato.

I

La llegada.—Hostilidades entre ingleses y basutos.—Origen del conflicto.—Grandes preparativos de guerra.—Desenlace pacífico.—El tratado de paz y sus consecuencias.

EN el año de gracia de 1891, el día 1.º del mes de María llegué á orillas del Caledón, entre Ficksburg y Santa Mónica.

—¡Alto! ¿quién vive? gritó el centinela.

—Los *baromas* (los romanos), contestó el P. Monginoux, jefe de la caravana.

—Si sois romanos, pasad.

Y así entramos en la tierra prometida, que soñé en los bellos días de mi juventud.

Después de haber suspirado tantos años por esas Misiones cafres, y bendecido mil veces á los superiores que á ellas me enviaban; después de un viaje por mar de treinta y un días, y por tierra de otros diez á caballo, poco faltó para que no pudiésemos entrar en el país, pues éste estaba en guerra, no contra los misioneros, sino contra los ingleses del Cabo.

Por un desacierto inexcusable, el Cabo había resuelto el desarme de las tribus cafres. Un jefe inferior de los *baputis* (habitantes del Chamois), Moorosi, en el río Orange, al Sur de Basutolandia, había sido suficiente para tener en jaque las fuerzas coloniales durante seis meses. Y creo que nunca se le hubiera desalojado de su escarpada é inexpugnable fortaleza, donde comía carne, bebía á saciedad cerveza cafre, y dirigía el baile todas las noches, con afrenta de los ingleses acampados al pié de la montaña, si un traidor no hubiese descubierto un paso no defendido hacía algún tiempo.

Los zulús acababan también de amenazar la colonia de Natal con una destrucción que se auguraba como inminente y capaz de recordar las matanzas de Singan y Chaka. Un cuadro escogido de jóvenes oficiales había sucumbido antes y después de la misteriosa emboscada en que el hijo de Napoleón halló la muerte. Entre Natal y las montañas de Drakensberg, un jefe cafre mató traidoramente á un magistrado y su gente para apoderarse de las armas y municiones que la colonia acababa de confiarle. Asustado y lleno de ira el Gobierno del Cabo, decretó inmediatamente el desarme.

Así, esos mismos ingleses, que habían llamado á los basutos, diez años antes, para trabajar en la construc-

ción de los ferrocarriles de la colonia, ó en las minas de diamantes de Kimberley, ofreciéndoles en pago viejos fusiles de chispa, toda suerte de mosquetes y carabinas de los tiempos de la Torre de Londres, esos mismos ingleses les decían ahora:

—¿Quién os dió estos fusiles? Sois unos niños, que os heriréis con tales armas. Dádnoslas, y las guardaremos cuidadosamente en una de nuestras fortalezas del Cabo, donde las hallaréis siempre que os convengan.

Esto eran buenas palabras; pero el salvaje raciocina y comprende, sobre todo, si se aparta de la razón quien le habla.

En otro tiempo, cuando los primeros basutos de Moshesh hacían la guerra á los mestizos de la colonia, mitad hotentotes y mitad blancos, cierto día cogieron un botín, entre el cual había un viejo mosquete. El mismo gran jefe Moshesh, ignorando el uso de aquella arma, la desmontó y se hizo un bastón para paseo. Los fusiles que los basutos habían traído de la colonia y de Kimberley no tuvieron mejor suerte; otros estaban ocultos y se tomaban de orín bajo las cañas de las ahumadas chozas. Nadie pensaba seriamente en emplearlas por falta de suficientes municiones. Ahora bien, bastó la torpeza del Cabo para «excitar la astucia del animal salvaje,» como dice el proverbio cafre. Los jefes hicieron venir armas perfeccionadas, cartuchos y pólvora. Los boers del Free State, y aun los comerciantes ingleses, alentaron el contrabando; la nación se preparó, y cuando llegó el *ultimatum* del Cabo fué ya posible la resistencia.

Mientras que los jefes llamaron á los jóvenes para empuñar las armas, las mujeres se apresuraban á moler el maíz tostado, que reducido á harina constituye el alimento de los viajeros y los guerreros. Es uno de los manjares favoritos de los indígenas. Desgraciadamente un europeo, para comerlo, debería tener continuamente la boca en un chorro de agua fresca, por lo mucho que la tal harina sofoca y ahoga. En los *khotas* (lugar de las asambleas) todos los fusiles estaban rociados con agua lustral por los brujos de la nación.

Los guerreros combatían con los toros, y debían derribarlos á fuerza de puños. En tales casos, una vez en tierra el animal, lo descuartizan, y ponen un trozo al fuego, espolvoreándolo con un condimento especial que los jefes conservan en su cuerno de abundancia: cada cual acude en seguida á dar su mordisco, y así se inocula el valor y aun la invulnerabilidad.

Este polvo, que es el gran privilegio de los jefes, lo denominan *sveri*, y proviene de pedazos de carne humana tomada al enemigo. Los hechiceros la hacen secar al sol, la pulverizan, y luego la mezclan con otros ingredientes: en general, lo conservan cuidadosamente en el hueco de una roca aislada y muy alta, para que no lo pueda arrebatarse el pueblo. A ese laboratorio acude el jefe el día de la circuncisión, ó en la víspera de una guerra, dos épocas en las cuales importa inspirar valor á la juventud.

Los basutos, pues, habían observado escrupulosamente la costumbre. Además, los médicos proporcionaron á sus clientes multitud de plantas que tienen virtud misteriosa: por ejemplo, el *lira ha libonoe*. La mas-

can, y cuando el enemigo llega se la escupen al rostro, gritando: *Lira ha libonoe*, en la persuasión de que pasará sin verlos. Otras prácticas igualmente eficaces son picar y sajar la piel, en la que infiltran un polvo negruzco capaz de desviar las balas, los sables, las hachas y los rompecabezas. Los amuletos gratos á los dioses ó antepasados que protegen á los vivos, son las plumas de avestruz, las crestas de gallo, las colas de tigre ó de zorro, cosas todas excelentes para inspirar el terror. El *sethala-thala* (impuesto de guerra), uno ó dos bueyes por cabeza, fué ordenado para subvenir á los gastos de la guerra. Los jefes debían suministrar armas, caballos, sillas y municiones á los más ardientes de sus guerreros: la multitud estaba entregada á su propia industria en lo referente á uniformes, subsistencias y rapiña. Así empezó esta guerra de los fusiles. Combatióse durante cinco ó seis meses, ó mejor, quiso combatirse.

El resultado fué, como de costumbre, un tratado de paz, estipulando que los basutos fueron vencidos, y que, cansados de batirse, habían pedido la paz. Fueles otorgada mediante una multa de cinco mil cabezas de ganado, lo que fué irrisorio, atendiendo que un buey sólo costaba entonces dos ó tres libras esterlinas, y que los gastos de la guerra les importaron á los ingleses más de cinco millones. Una de las cláusulas del tratado declaró que los basutos se gobernarían por sí mismos, y que únicamente las causas de homicidio quedarían reservadas al Residente de Inglaterra. La medida fué calurosamente aplaudida por los jefes, cuyo orgullo ya no conocería límites, sin contar que podrían satisfacer sin traba alguna su pasión por las bebidas fermentadas. El *brandy* inundó el país. Para todos, hombres y mujeres, y aun para las niñas, se hizo común beber hasta el exceso. Como el Gobierno era impotente, los contrabandistas se despacharon á su gusto, y pasaron casi por honrados caballeros que hacían gran servicio á Basutolandia regándola de aguardiente.

Con la embriaguez vino el robo. Todo el mundo bebía, pero no todos tenían con qué pagar el consumo. Ahora bien, como la mayor parte de los jefes pasaban los días y las noches en digerir los vasos de *brandy* que habían absorbido, el pueblo bajo y los subprefectos, los alcaldes y los guardabosques tenían el campo libre para el robo de ganado.

No faltaron quienes se propusieron remediar tanto desorden: los ministros protestantes pensaron organizar una Sociedad por el estilo de la del famoso apóstol irlandés de la templanza, P. Matthew. El Residente inglés, para dar ejemplo, fijó también una cinta azul en su botonadura. Cuando me pidió que le imitase, decliné el honor de la condecoración, haciendo notar que, para contener en la pendiente del vicio á una nación en gran parte pagana, se requiere otra cosa que algunos metros de cinta azul.

Todas nuestras Misiones estuvieron en peligro de perderse, y creo que apenas llegado hubiera tenido que volverme, á no producirse una de esas reacciones que se observan aun entre los paganos y los pecadores, y que no es debida á la virtud, sino al interés. El jefe supremo, Letsi, que se permitía el lujo de beber seis

botellas de aguardiente al día, tuvo un sueño, en el que vió la destrucción próxima de sus hijos y de su nación, con la completa desaparición de sus innumerables rebaños. Bastó esto para que tomase medidas enérgicas que contuviesen el mal, por lo menos en parte. Tal era el estado del país basuto cuando llegué á él.

II

Primeras impresiones.—Saludos cristianos y saludos paganos.—Llegada á la Misión de Santa Mónica.—El mes de Maria.—Instalación.

¡Todo nuevo, todo bello! Y todo lo que es nuevo llama la atención. ¡Después de los estudios de griego y latín, de filosofía y teología, en medio de un mundo en donde todo está matemáticamente regulado, nada tiene de sorprendente que la llegada á un país salvaje sea el principio de un capítulo nuevo en el libro de la vida!

—¡Alabado sea Jesucristo! me dijo el primer cafre que encontré.

Y el Padre que me acompañaba contestó por mí, pues aun no sabía yo la lengua del país:

—¡Y María Inmaculada!

A pocos pasos me detuvo otro, diciéndome:

—¡Que María ruegue por mí!

Y repuso mi mentor:

—¡Que Jesús te ilumine!

Verdaderamente estas gentes deben ser monjes, me dije, cuando saludan tan piadosamente. Supe después que el primero era neófito, mientras que el segundo, siendo todavía catecúmeno, no podía usar aún el saludo de los cristianos. Esto me transportó á las primeras edades de la Iglesia, cuando todos los fieles se trataban como hermanos y saludábanse con el *Pax Christi*.

Nunca más he vuelto á oír en Africa esta hermosa manera de saludar; ni entre los blancos, ni entre los negros de las otras tribus de zulús, de bechuanos ó matllebes, que han recibido el bautismo en nuestra santa Religión. En ninguna parte, que yo sepa, se emplean estas tan cristianas fórmulas. Los paganos, en general, dicen:

—*Lumela* (cree en mí).

A lo que se contesta:

—*Kea lumela* (creo).

Algunos dicen:

—*Sa k'o bona* (aun te veo).

Y se contesta:

—*Kea itumela* (me alegro).

Llegamos á la Misión de Santa Mónica. No nos esperaban; pero sabían que estábamos en camino, y que tardaríamos pocos días.

Las buenas Hermanas de la Sagrada Familia hacían la cosecha del maíz, del que estaba toda la casa literalmente inundada: la clase, el refectorio y los dormitorios. Quisieron tratarnos como civilizados, é improvisaron una buena comida.

Presentáronnos por primera vez cerveza cafre, que enharina la boca y refresca en seguida, y confieso que su gusto acidulado, que al pronto excita involuntario visaje, me hizo la mejor impresión. Desde entonces mil veces, como todos nuestros Padres y Hermanos, he te-



YUN-NAN.—Niña ñi en traje de labor. (Pág. 10)

nido ocasión de beber cerveza, que no es raro constituía el primero, el segundo y el último plato, y nunca la he rehusado. A un cafre le lisonjeáis en extremo aceptando el jarro que os ofrece, pues considera una señal de amistad el beber la cerveza juntos.

Cuando pedís hospitalidad á un mosuto, la primera ceremonia es la presentación de la cerveza. La matrona toma agua en un lebrillo, lávase las manos en vuestra presencia, y asimismo lava una jofaina y una calabaza, que llena de cerveza, y os la presenta después de beber algunos sorbos para mostraros que nada debéis temer, pues el brevaaje es sano.

Al anochecer, la campana llamó á todo el mundo á la iglesia. Sobre un cajón viejo, cubierto con percal azul, había una estatua de María, de unos quince centímetros de alto. Dos botellas, en las cuales se aseguraron dos bujías, iluminaban el altarcito improvisado del mes de María. Sólo abundaban las flores naturales, que contrastaban singularmente con la pobreza del lugar por su hermosura y perfume. No obstante, me atrevo á decir que esta inauguración del mes de María me hizo más impresión que las mil velas que arden delante de Nuestra Señora de las Victorias, á donde se da cita todo lo más piadoso y elocuente de la capital de Francia.

Cuando se presentó el P. Gerard, veterano de nuestras Misiones cafres, parecióme ver á San Francisco Javier. El Rosario, rezado tan lentamente que duró casi media hora, me pareció brevísimo. En mi vida había oído salmodiar de aquella suerte el *Padre nuestro*,

el *Ave María*, el *Credo* y los misterios. Los salvajes, arrodillados detrás de mí, me parecían Angeles cantando ante el trono del Altísimo.

Entonces me dije:

«Si Nuestro Señor ha prometido estar con aquellos que se unen en su nombre para orar, sin duda lo estará doblemente en medio de los salvajes que le ruegan tan pausada y piadosamente y tan bien. Aunque nuestros Padres sólo hubiesen venido á enseñar á los basutos esta sublime salmodia, ciertamente no hubieran perdido el tiempo.»

Luego supe que en esta misma capillita de Misión, los comienzos habían sido tan ingratos y duros, que el P. Gerard, algún domingo, puesto ya el sobrepelliz, se había encontrado con una sola mujer por auditorio.

El primer canto en lengua sisuto que oí fué: *María a Bokhalane* (María toda hermosa) al tono de: *Unis au concert des Anges*. Fueme sumamente grato oír este aire favorito de nuestra comarca del Mediodía. Acertada fué la elección de esos cantos para los salvajes. El Ilmo. Allard comprendió que los negros necesitan música sencilla, armoniosa, algo alegre y no muy solemne. De esta suerte se facilitaba el trabajo á los misioneros recién llegados, que pueden dirigir el coro y dar lecciones de canto, sin grandes conocimientos de música.

Volviendo á nuestro mes de María, añadiré que coronaron los ejercicios la bella súplica de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias: *María, Refugium peccatorum*, con tres *Ave Marias* y el *Acordaos*.

Dormí como un bienaventurado aquella primera noche en mi cama hecha con dovelas de un tonel, y mis sueños de oro en nada cedieron á los de los buenos días de mi infancia.

Señaláronme por vivienda una choza redonda, hecha con tierra y paja. Dos vidrios incrustados en los muros hacían las veces de ventana, y el fondo de una caja servía de puerta. La luz, el aire, la lluvia y el viento, todo pasaba por la única abertura, lo mismo que los habitantes, pues en este espacio de terreno, que llamaremos casa, y que medía ocho piés de diámetro, nos albergábamos dos hombres. Además, habíamos dado asilo á algunos pedazos de manteca entre los maderos de la techumbre, y se liquidaba rociándonos durante el día. Por la noche los ratones roían lo que no había disuelto el sol. El mobiliario se reducía á dos camas, una mesa y una silla coja. Hago excepción de un cofre perteneciente á un cristiano del lugar, que quiso ponerlo en seguro en la Misión, cuando los trastornos de la guerra de los fusiles. Como el cofre era propiedad suya, lo mismo que las ropas que contenía, todos los domingos mi buen hombre invadía nuestra choza, donde se permitía hacer su tocado, lo mismo que sus hijos y su mujer.

Nuestras Misiones no habían logrado aún los progresos maravillosos de estos últimos años, así es que las construcciones eran muy rudimentarias; pero nadie se quejaba de ello, pues el buen misionero alérgase en una choza ni redonda ni cuadrada, ni bella ni agradable, hasta que sea posible contar con habitación clara y sana.

LOS PSYLLES Ó ENCANTADORES DE SERPIENTES EN EGIPTO

POR EL R. P. CHAUTARD, MISIONERO EN EL CAIRO

El R. P. Chautard, de las Misiones Africanas de Lyon, nos dirige una carta llena de interés. Los encantadores de serpientes ¿se valen del poder diabólico ó su obra es una simple superchería? El misionero se inclina en la mayor parte de los casos por la última hipótesis. Pero escuchémosle á él mismo:

EL Egipto ha sido siempre célebre por sus psyllés ó encantadores de serpientes.

Véseles representados en los más antiguos monumentos. La serpiente desempeña, además, importante papel en la religión de muchos países africanos, y es adorada en Dahomey y en los Popos (Guinea).

En 1891 vi en Egipto serpientes pintadas en tumbas antiguas que el mar había puesto al descubierto, entre Ramla y Alejandría. ¿Por qué estas pinturas en monumentos fúnebres? Aletargada en invierno y despertándose en estío, la serpiente fué tal vez para los egipcios un símbolo de resurrección é inmortalidad.

En tiempo de Moisés los magos egipcios convirtieron sus varas en serpientes; hoy convierten, como dicen, una serpiente en vara, esto es, la inmovilizan y extienden recta y rígida como un palo. Para eso, los psyllés les comprimen la cabeza con el pulgar, y luego, pellizcándoles la cola, les restituyen el movimiento.

Estos ejercicios repítense con frecuencia en los hoteles principales del Cairo durante el invierno. Pero lo más raro es la busca y captura de serpientes. El arte de los psyllés ¿es diabólico? ¿Hay fascinación de la serpiente, ó se trata sólo de escamoteo y prestidigitación?

Para poner en claro este punto, expongo primero los hechos que han presenciado conmigo algunos de mis compañeros; luego procuraré sacar la conclusión.

Sesión primera

Un encantador había ya cogido seis serpientes, en el Cairo, el 17 de Marzo de 1894, en presencia del R. Vigouroux, del R. Camus y de los directores y alumnos del Seminario de las Misiones Africanas. El 10 de Diciembre de 1895 ese mismo encantador vino á repetir sus hazañas ante todo el personal del Seminario, el Ilmo. Terrien y el R. Devoux.

De buena estatura, nariz grande, labios gruesos, tez naturalmente pálida, pero atezada por el sol, barba corta y negra, beduino más bien que egipcio por el tipo, Alí-Yusef contaba unos treinta años. (V. su retrato, pág. 12).

Son notables sus ojos negros, velados por espesas cejas y que revelan extraordinaria energía. Nótasele también la ausencia com-

pleta de la primera falange del índice de la mano derecha. Alí-Yusef pretende habérselo amputado él mismo de un mordisco para librarse de las consecuencias de una picadura del áspid de Cleopatra.

Por todo vestido Alí llevaba un turbante blanco y una holgada camisa egipcia que llaman *galabieh*. Desahizo y volvió á doblar su turbante; luego quitóse el *galabieh* y lo sacudió repetidas veces para mostrar que no ocultaba ningún reptil, y por último vació su saco de cuero, que sólo contenía una serpiente pequeña é inofensiva.

Entonces le condujimos al huerto del Seminario: allí olfateó, silbó y dirigió su escrutadora mirada á unas coles plantadas al pie de una palmera. Al cabo de algunos segundos dijo:

—Aquí hay una serpiente.

—Cógela.

—Está bien, pero primero tenéis que darme un *bakhich* de diez piastras (2'50 francos).

El Ilmo. Terrien se las ofreció. El encantador empezó entonces solemnemente su fórmula de conjuro. Hela aquí, copiada por uno de nuestros seminaristas:

—En nombre del más grande juramento y del grandísimo juramento.

En nombre de mi jeque y de mi amo Ahmed-el-Re-fahi.



YUN-NAN.—Niñas ñis y ashis en traje de fiesta. (Pág. 10)

En nombre de los cuatro dueños del universo (1), los benditos.

En nombre del jeque Taha Yassine, el auxiliar de la religión.

En nombre del libro y de los portadores del libro, del profeta escuchado, de los conjuros y de los signos, de aquel que ocupa el lugar del grande que es origen de su grandeza, que conoce mi estado, que te condenó á la pena de arrastrarte por el polvo.

A su nombre el agua se seca y el polvo se extingue.

En nombre de mi señor Salomón.

¿Eres pernicioso? tendrás que venir á mí. ¿Eres traidora? tendrás que venir á mí.

Si desobedeces te arrepentirás.

¡Sal! ¡fuera, fuera!...—

Si la serpiente no aparece, el psylle exclama:

—¡Oh serpiente desobediente, sal! ¡fuera!

En nombre del más grande juramento y del grandísimo juramento...—

Y vuelta á comenzar hasta que la serpiente aparece.

A medida que el encantador adelantaba en su conjuro su voz se iba animando y se volvía realmente imperiosa. Tenía constantemente la mirada fija en el mismo punto, y con una varita en la mano derecha indicaba á la serpiente el camino que debía seguir.

Por último Ali se detuvo delante de una plantación de coles. Todos los presentes se acercaron para ver mejor, á pesar de que el encantador hacía seña de que nadie se adelantase «para no asustar á la serpiente.»

—¡Enza! ¡enza! (¡Sal! ¡sal!) exclamó Ali con voz solemne.

Al mismo tiempo arrojó su varita, se bajó, adelantó sucesivamente cada mano y la retiró con presteza, como si temiese ser mordido. Finalmente, cogió de debajo una col una bonita culebra, sin que nadie la hubiese visto antes. El reptil, irritado se lanzó repetidas veces al *galabieh* del encantador, quien lo apartó bruscamente y lo sacudió mientras que la serpiente lo mordía, á fin de arrancarle los dientes, que en efecto aparecieron todas en el *galabieh*. El animalucho procuró entonces escapar y correr en todas direcciones, haciendo retroceder á los espectadores asustados. El encantador, empero, lo detuvo, escupiéndole á la cabeza, y por último lo metió en su saco de cuero, «para venderlo, dijo, á los farmacéuticos del Cairo.»

Ali-Yusef dirigióse en seguida á un patio interior.

—Allí hay, nos manifestó, una serpiente que viene á pasearse por el patio, para anidarse después en este muro.

Dimos un nuevo *bakchich*, y empezó el ceremonial de la primera vez: conjuros, silbidos, y varita indicadora del camino que debía seguir el reptil. So pretexto de que nuestra presencia era nociva al buen éxito de los encantamientos, Ali se opuso á que entrásemos con él: algunos, sin embargo, le siguieron, y uno de mis compañeros vió la serpiente en las grietas del muro, al alcance de la mano del encantador, quien la cogió, le

hizo morder su *galabieh* y le arrancó los dientes, como hizo con la primera. Dejola correr breves instantes, y luego tomándola por el cuello, introdujo la cabeza del reptil en su boca, teniéndola con los dientes, mientras el cuerpo de la bestia describía las espirales más caprichosas.

Algo más lejos, entre antiguas ruínas, Ali anunció la presencia de otra serpiente. Mas todos querían verle operar al descubierto, y llegaron á acusarle de superchería. Entonces en un movimiento de furor, de dos mordiscos cortó el animal en tres pedazos, que arrojó palpitantes á nuestros piés.

Luego se dirigió á un terreno plantado de patatas dulces, donde supuso descubría otro reptil. Un nuevo *bakchich* le alentó, y entró en seguida en acción según su método acostumbrado, cogiendo otra serpiente.

—Hay aquí una serpiente hembra, añadió, es la pareja de la primera.

El mismo ceremonial fué seguido de idéntico resultado, y he ahí á nuestro encantador en posesión de cuatro serpientes, una de ellas en tres pedazos.

Ali triunfaba en toda la línea, pero su victoria fué de corta duración. Mientras estaba ocupado en invocar á Solimán, el P. Wellinger había abierto el saco del encantador, del que hizo salir una culebra, que fué á refugiarse debajo de un montón de piedras. Después de la captura de la cuarta serpiente, anunciaron á Ali que había otra en aquel montón.

—No es cierto, repuso con viveza.

Entonces el P. Wellinger remedó lo mejor que supo los procedimientos del encantador, á quien divirtió mucho el juego, y después de quitar una á una las piedras, el Padre halló la bestia debajo de la última, con gran asombro de Ali-Yusef, que ya no reía. Esforzándose por aparecer sereno, dijo:

—No he descubierto esta serpiente, porque el olor de los dientes es lo que me revela su presencia, y ésta no los tiene.

Diciendo esto, olió al reptil, mostró su boca desdentada, y la volvió á su saco de cuero. Así terminó la primera sesión *ofidiana*.

Una conclusión se desprende de ella, y es, á nuestro parecer, la no intervención diabólica en la captura de las serpientes, toda vez que el encantador no pudo descubrir la culebra oculta por el P. Wellinger. Y sin embargo, tratábase de un hecho exterior que el demonio conocía, y tenía interés en manifestar á Ali-Yusef si éste hubiese sido su agente.

Sesión segunda

Dos meses después, el 12 de Febrero de 1896, en presencia del Rmo. P. Planque, superior general de las Misiones Africanas, de algunos Padres Dominicos y de todo el personal del Seminario de las Misiones africanas, se celebró una segunda sesión de captura de serpientes.

En el extremo del huerto había un montón de hier-

(1) Ahmed-el-Refahi, Said-el-Badaui, Said-Ibraim y el-Kelani.

bas secas en donde los seminaristas habían visto un reptil. Alí-Yusef se dirigió á dicho lugar, silbó y anunció, en efecto, la presencia de una serpiente. Mas, como pudiera sospecharse que la había traído, nuestro psyllé despojóse instantáneamente de su *galabieh*, de su turbante y aun de la cuerda con que se ceñía. Después de sacudirlo todo, volvió á vestirse, y como siempre, fué necesario un *bakchich* para encantar á la serpiente.

A fin de experimentar si había en tales operaciones alguna intervención diabólica, el Rmo. P. Planque me dió una medalla bendita de San Benito, que eché en medio de las hierbas. El encantador, sin advertirlo siquiera, declamó su fórmula de conjuro. Varita en mano, trazó el camino al reptil, y exclamó con voz imperiosa:

—¡Enza! ¡enza! (¡Sal! ¡sal!)

Al mismo tiempo apartó á los asistentes, arrojó su varita, bajóse y entreabrió las hierbas, adelantando alternativamente y retirando cada mano. Finalmente, le vimos sacar por la cola una culebra que varios de nuestros seminaristas creyeron reconocer.

La ineficacia de la medalla de San Benito paréceme una prueba más de que el demonio para nada interviene en el asunto.

Alí-Yusef cogió otras serpientes. La captura de la última ofreció una particularidad interesante. El colono afirmaba haber visto un reptil de regulares dimensiones en una antigua cochera. Alí lo negó al principio; pero ante la insistencia del colono, hizo como que examinaba mejor, y después de la formalidad de costumbre vimos aparecer, sacada también por la cola, una serpiente de dorso negro y vientre amarillo, de más de un metro de longitud.

Alí-Yusef consintió en dejarse fotografiar, pero mediante un nuevo *bakchich*. Vestido con un simple *galabieh* blanco, y cubierta la cabeza con un turbante, completó su adorno con los cuatro reptiles que acababa de coger: uno enroscado á su cuello á manera de collar; el segundo, pendiente de su boca, pasaba debajo del pulgar de la mano derecha, y levantándose, iba á descansar su cabeza en la extremidad del índice derecho amputado. La tercera serpiente estaba extendida de una á otra mano; por último, el trozo más grande de la cuarta yacía enroscada, á los piés de Alí-Yusef. (*Véase el grabado de la pág. 12*). El fondo del cuadro representa las datileras del huerto del Seminario de las Misiones Africanas, en el Cairo.

Sesión tercera

Las sesiones precedentes, á mi parecer, descartan la hipótesis de una intervención diabólica en el arte del encantador. Faltaba saber si Alí olía y atraía realmente las serpientes por medios naturales, ó si su arte consistía en traerlas ocultas hasta el momento de la captura.

En el Asilo de las Hermanas del Buen Pastor de Chubra, se había tenido una sesión en que Alí, esta vez con un ayudante, se había apoderado de doce serpientes una tras otra. El P. Wellinger, testigo de esta nueva hazaña como de las precedentes, creyó reconocer

algunas de las serpientes ya cogidas en el establecimiento de las Misiones Africanas. Todo esto exigía un examen concluyente.

El 25 de Marzo de 1896, el psyllé llevó al Seminario una serpiente de gran tamaño, á la que inmovilizaba completamente apretándole la cabeza, y reanimaba pellizcándole la cola. El reptil irritado levantaba fieramente la cabeza, hinchaba su cabeza y se lanzaba furiosa sobre el *galabieh* del encantador, que no se preocupaba gran cosa, y la volvía tranquilamente á su saco de cuero.

Condujimos á Alí á un patio interior, cerrado por todos lados por la cocina del Seminario y altas paredes.

Inspeccionamos los vestidos del encantador, quien estipuló el precio de un franco veinticinco céntimos por cada serpiente que cogería.

Oler y silbar en torno del patio fué cosa de un instante; luego invocó solemnemente á Ahmed-el-Refahi y á los cuatro dueños del universo, y al concluir exhibió una culebrita. Cogió otra de la misma manera, entre ramas secas, al lado opuesto del patio.

—Ahora ya no hay más serpientes, dijo.

—Tanto peor para ti, replicó uno de nuestros seminaristas, pues no te llevaremos á otra parte.

Esta amenaza le abrió los ojos, y le hizo descubrir una tercera serpiente, que cogió con el ceremonial acostumbrado, entre hierbas, en medio del patio.

Una vez metidas las tres serpientes en su saco, Alí-Yusef entró en la cocina, dirigiendo á todas partes miradas escrutadoras, y declaró magistralmente que había otra serpiente en un armario, cerca del hornillo. Se lo negamos, y él persistió en su afirmación. Entramos con él en la cocina, y le observamos de cerca. Abrió el armario, hizo sus visajes de costumbre, y sacó por la cola una verdadera serpiente. Uno de mis compañeros asegura haberla visto en la mano izquierda del encantador, mientras que la cogía con la derecha.

Sospechamos que todo se reducía á un simple juego de manos, y un lyonés que asistía al experimento, dijo:

—No creeré en la fascinación y la captura real de las serpientes hasta que Alí-Yusef opere despojándose previamente de sus vestidos.

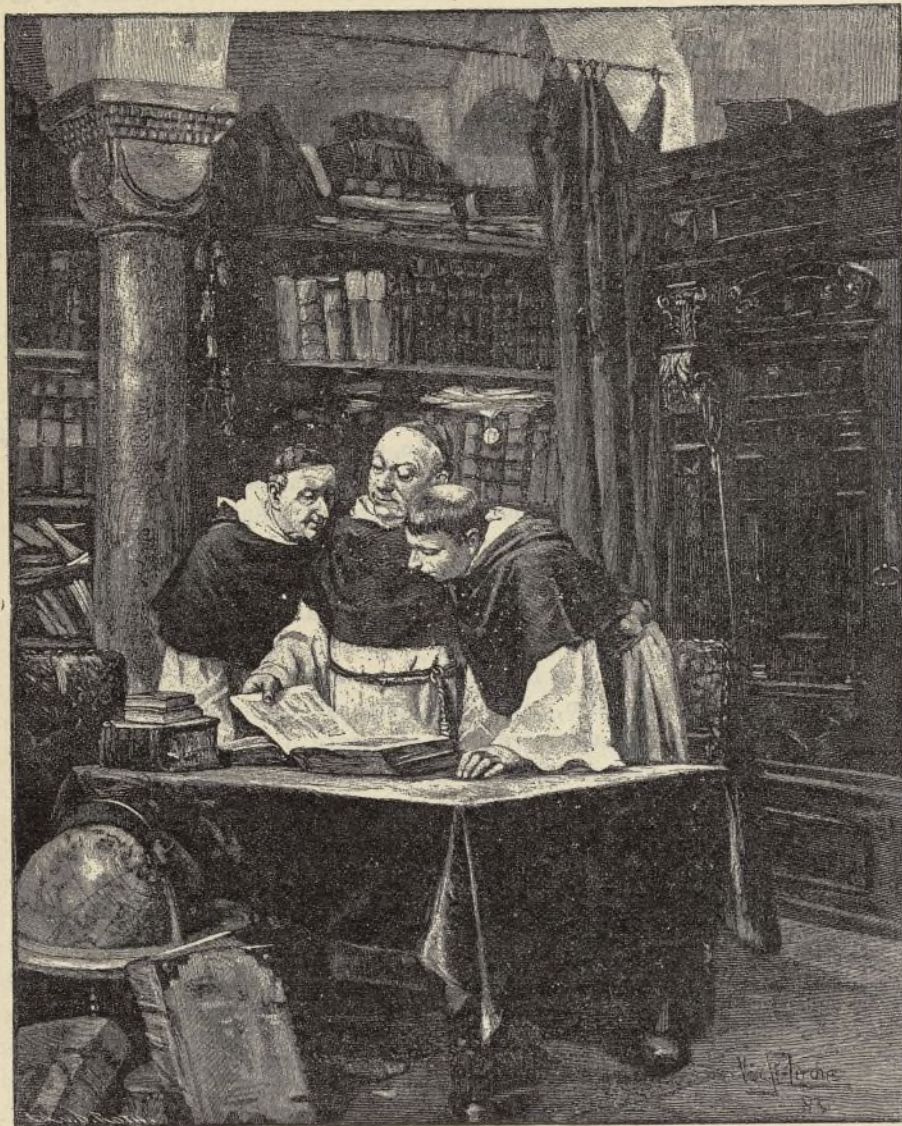
El encantador aceptó la condición: se le condujo á un patio interior, y se cerró la puerta con llave, para que estuviese al abrigo de toda mirada indiscreta; empero Alí, más escrupuloso á la sazón que cuando hace sus abluciones rituales á orillas del Nilo, alegó el pudor y reclamó una servilleta, que nos apresuramos á ofrecerle. Despojóse de su *galabieh* y tomó la servilleta. Nuestro lyonés le mandó entonces que se quitase ésta un instante, á lo que se negó terminantemente repetidas veces. En vano le ofrecimos un *bakchich* doble para la primera serpiente que cogiera en seguida. Esta negativa nos puso en guardia, pues delataba su superchería. Debía haber oculta una serpiente en algún falso bolsillo del *galabieh*, y al quitarse éste, la deslizaría arrollada y quizá adormecida en su mano izquierda, oculta con la servilleta. Desconcertado, volvió á ponerse el *galabieh*, y dirigiéndose á un montón de ramas secas, pretendió oler allí una serpiente.

—Puedes cogerla si quieres, le dijimos; pero no tendrás *bakchich*, puesto que no quisiste abrir la mano.

En casos semejantes, Alí acostumbraba decir con decisión:

—Si no hay *bakchich*, tampoco habrá serpiente.

Mas esta vez dejó aparte su altanería, y después de un conjuro hecho por pura fórmula, se adelantó hacia una rama seca, queriendo hacer creer que había debajo una serpiente. El P. Waller levantó con presteza la ramita, y no había nada. Entonces, sin inmutarse, el encantador sacó un reptil de debajo otra rama próxima.



CONSULTANDO INFOLIOS. (Pág. 24)

Nosotros, como era natural, le rehusamos el *bakchich*, y aun le intimamos que nos devolviese el dinero recibido. Consternado, tomó una barra de hierro para forzar la puerta; mas le detuvimos, y en su furor de un mordisco cortó el cuello de la serpiente cogida debajo de las ramas. La cabeza quedó inmóvil, pero el tronco siguió agitándose durante largo tiempo.

La superchería se hacía cada vez más notoria. Pedimos al encantador que nos cogiese otra serpiente. Acep-

tó, pero con la condición de que pudiese primero llevar en su saco los restos de su víctima. El P. Waller se ofreció á llevarlos él mismo.

—No, no, contestó, debo ir yo en persona.

Ofrecímosle *bakchich* doble si cogía otra serpiente, en donde quiera que fuese, aun sin quitarse el *galabieh*.

—Ya no hay ninguna más, dijo.

Entonces le conduje á una puerta vieja, en donde había visto una pocos días antes, y saqué una pieza de diez piastras egipcias como recompensa. Trabajo perdido. El hombre de los *bakchichs*, depuesta su fiera, acabó por decir á nuestro amigo de Lyon:

—¡Eres tú harto maligno!

Era esto confesar su superchería, y, á lo menos para nosotros, resolver la cuestión del pretendido descubrimiento y fascinación de las serpientes.

No es mi intento, sin embargo, extender más de lo debido esta conclusión, y atribuir únicamente á la prestidigitación todas las operaciones de los *psyches* egipcios, antiguos y modernos. Pero para los testigos del experimento de 25 de Marzo de 1896, Alí-Yusef, el más reputado de los encantadores del Cairo, con indisputable talento para producir efecto, es simplemente un hábil prestidigitador.

PRIVILEGIOS DE LA AMÉRICA LATINA

Con fecha 18 de Abril de 1897 Su Santidad León XIII expidió Letras apostólicas sobre nuevos privilegios de la América latina, que substancialmente reproducimos á continuación:

CUANDO, por benigna disposición de la Providencia del Señor, Cristóbal Colón descubrió al través del Océano un camino para el Nuevo Mundo, la Iglesia de Dios encontró allá millares de hombres á quienes debía, en cumplimiento de su misión, traer de la barbarie á la civilización y á la suavidad de costumbres; del error y de la su-

perstición á la participación de todos los bienes adquiridos por Jesucristo; de la muerte á la vida. Esta obra de salvación comenzada por nuestro predecesor Alejandro VI, aun en vida del mismo descubridor Colón, la Iglesia la ha continuado con caridad perpetua, como lo manifiesta en nuestros tiempos, enviando con éxito feliz misioneros hasta las extremidades de la Patagonia. En efecto, un campo ilimitado, fértil por el reposo y la inacción, si se cultiva luego con esmero, produce frutos tan gratos como abundantes, y remunera ampliamente al labrador su trabajo y actividad.

Por lo cual los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, en ningún tiempo dejaron de enviar á la América nuevos operarios, y para acrecentar el celo y el buen éxito de sus trabajos los han colmado de facultades y de privilegios y los han revestido con especial autoridad. Después de haber difundido la luz del Catolicismo en toda la América, durante algunos años, los misioneros construyeron iglesias, fundaron monasterios, parroquias, abrieron escuelas, constituyeron diócesis, por la autoridad del Sumo Pontífice, sobre todo en las regiones donde se habían fijado de una manera estable los emigrados de Europa y en particular de España. He ahí por qué una gran parte de América, atendidas la Religión y el origen de la lengua de sus nuevos habitantes, se ha apellidado América latina.

Es propio de las instituciones y de las leyes humanas no tener nada tan sagrado ni tan útil que no sea modificado por el uso, transformado por el tiempo, alterado por la costumbre. Así en la Iglesia de Dios, que une la variedad de la disciplina con la absoluta inmutabilidad del dogma, sucede con frecuencia que disposiciones antes oportunas y adecuadas, lleguen á ser, andando los tiempos, inoficiosas, ó inútiles y hasta perjudiciales. Por lo cual, á los antiguos privilegios, ó porque han sido en parte derogados con el transcurso del tiempo, ó porque han venido á ser insuficientes, á menudo los Sumos Pontífices, por especial bondad, agregaron otras facultades con determinadas fórmulas delegadas después personalmente á los Obispos de la América latina, ó concedidas en algunos casos extraordinarios y á determinados países. Estas facultades, aunque mayores en número y en extensión que los antiguos privilegios, no por eso han hecho desaparecer las dificultades acerca de la naturaleza, de la conservación y número de los mismos privilegios. Para obviar estos inconvenientes, nuestro predecesor Pío IX, de santa memoria, en carta de 1.º de Octubre de 1867, confirmó por treinta años, en favor del Ecuador, varios de los privilegios antiguos, ó los concedió de nuevo para casos de necesidad.

Como el estudio de los documentos eclesiásticos concernientes á la América latina, coleccionados y examinados cuidadosamente por lo sabios, demuestra que muchos de los privilegios concedidos á las Indias Occidentales han caído en desuso, ó son de autenticidad dudosa; Nos, movido por especial afecto á los pueblos americanos, que siempre han merecido bien de la Iglesia romana, hemos querido hacer desaparecer, en materia tan importante, las dificultades y embarazos de los Obispos de esas diócesis y de los demás interesados. Hemos confiado este negocio á una Congregación especial de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia romana. Estos, después de un maduro examen, han juzgado necesario formar y hacer aprobar por la Autoridad Apostólica un catálogo de nuevos privilegios, que anule las listas, sumarios y catálogos publicados en los Concilios provinciales ó de cualquier otro modo.

Después de un atento examen del asunto, y movidos por nuestra solicitud por todas las Iglesias, hemos adoptado el parecer de estos mismos Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia romana, para

que el clero y fieles de esos países no queden enteramente privados del recuerdo y del goce de sus antiguos privilegios. Por la presente Carta, y con la plenitud del poder apostólico, concedemos, por treinta años, á cada una de las diócesis y á cada una de las provincias eclesiásticas de la América latina, los privilegios que se expresan en seguida.

En consecuencia, para la prosperidad, bien y felicidad de toda la Iglesia de la América latina, ordenamos y decretamos lo siguiente:

I. Los Obispos electos residentes en la América latina, después de haber recibidas las Cartas apostólicas de su promoción, y cuando éstas no dispusieren otra cosa, podrán ser consagrados por un Obispo católico, que podrán ellos elegir, siempre que esté en gracia y comunión con la Santa Sede Apostólica. Si no pueden encontrar sin grandes dificultades otros Obispos asistentes, podrán hacerse acompañar por dos ó tres sacerdotes constituidos en dignidad, ó por canónigos de la iglesia catedral.

II. La celebración del Concilio provincial puede hacerse cada doce años. El Metropolitano conserva el derecho de reunirlo con más frecuencia si las necesidades lo exigen, y si la Santa Sede no ordena otra cosa después.

III. Los Obispos podrán proceder á la consagración del sagrado crisma y de los santos óleos, en presencia de los sacerdotes que sea posible reunir, y aun otro día distinto del Jueves Santo, habiendo urgente necesidad. Para el santo crisma es permitido emplear el bálsamo indio, con tal que sea natural.

IV. Podrán usar los santos óleos antiguos que no tengan más de cuatro años, siempre que no estén alterados, y que hechas las diligencias debidas, no se hayan podido conseguir otros nuevos ó menos antiguos.

V. En los lugares ó países donde, por las grandes distancias, ó por inconvenientes graves, es muy difícil á los párrocos ó misioneros bendecir el agua de las fuentes bautismales el Sábado Santo, el Ordinario podrá conceder á dichos párrocos y misioneros facultad para bendecirlas con la breve fórmula concedida á los misioneros de los indios del Perú por el Sumo Pontífice Paulo III, y que se lee en el apéndice al Ritual Romano.

VI. Si por falta de tiempo, extraordinaria fatiga ú otros inconvenientes graves sea muy difícil practicar las ceremonias prescritas para el bautismo de los adultos, los párrocos y misioneros, previo permiso del Ordinario, podrán limitarse á los ritos que se designan en la Constitución de Paulo III *Altitudo*, de 1.º de Junio de 1537.

VII. Los sacerdotes así seculares como regulares el día 2 de Noviembre ó el subsiguiente en que según las rúbricas del Misal Romano se hace conmemoración de todos los fieles difuntos, podrán celebrar tres Misas, recibiendo solamente por la primera la limosna establecida por las Constituciones sinodales, ó la que esté fijada por la costumbre en el país, debiendo aplicar la segunda y tercera Misa en sufragio de todos los fieles difuntos, conforme la Constitución del Sumo Pontífice Benedicto XIV *Quod expensis*, de 26 de Agosto de 1758.

VIII. Todos los fieles podrán cumplir el precepto de la confesión y comunión anual desde la dominica Septuagésima hasta el último día de la octava de *Corpus*.

IX. Todos los fieles podrán ganar las indulgencias y jubileos que requieran confesión, comunión y ayuno, si observando éste, siendo imposible ó difícil confesar por falta de suficiente número de sacerdotes, están contritos de corazón y propongan cumplir las demás condiciones cuando antes ó á lo menos dentro de un mes.

X. Los indios y negros podrán contraer matrimonio dentro tercer y cuarto grado tanto de consanguinidad como de afinidad.

XI. Los indios y negros podrán recibir la bendición nupcial en cualquier tiempo del año; pero sin pompa exterior en los días en que tiene prohibidas las nupcias la Iglesia.

XII. Ni los indios ni los negros estén sujetos al ayuno, excepto en los viernes de Cuaresma, el Sábado Santo y la víspera de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

XIII. Estarán exceptuados los indios y negros de satisfacer la limosna para el indulto llamado cuadragesimal concedido por la Sede Apostólica á ciertas diócesis, y podrán comer carne, huevos y laticinios en todos los días preceptuales por la Iglesia, á excepción, en cuanto á la carne, de los días notados en el transcripto párrafo XII.

XIV. En todas las causas tanto criminales como civiles que sean de la competencia del foro eclesiástico, si hubiere apelación, se observará lo siguiente: si la primera sentencia ha sido pronunciada por un Obispo se apelará ante el Metropolitano; y si éste ha dado la sentencia se apelará ante el Ordinario más cercano, sin necesidad de otro rescripto apostólico; si la segunda sentencia confirma la primera, tendrá fuerza de cosa juzgada, y se pedirá la ejecución al juez que dió la sentencia, no obstante cualquiera otra apelación. Si las dos sentencias dadas por el Ordinario y por el Metropolitano, ó por el Metropolitano y por el Ordinario más cercano no son conformes entre sí, entonces se apelará á otro Metropolitano ó al Obispo de la misma provincia que sea el más cercano á aquel que dió la primera sentencia. Queremos que de estas tres sentencias, las dos que son conformes tengan fuerza de cosa juzgada, y que la ejecute el juez que haya dado la última sentencia, no obstante cualquier apelación. Como el recurso á la Sede Apostólica subsiste siempre intacto y puede interponerse sea antes, sea después de las sentencias de los jueces inferiores, y según la forma de derecho, para hacer uso de este privilegio deben observarse las condiciones siguientes:

1.º En cada causa, cada una de las dos partes tendrá derecho de recurrir á la Sede Apostólica, aun después de la primera sentencia.

2.º En todos los actos debe hacerse mención expresa de la Delegación Apostólica.

3.º Las causas mayores son reservadas á la Silla Apostólica según la regla del santo Concilio de Trento.

4.º En las causas matrimoniales se observará lo que está prescrito en la Constitución *Dei miseratione* de Benedicto XIV.

Abrogamos y revocamos por nuestra autoridad apostólica todos y cada uno de los privilegios concedidos anteriormente, con cualquier nombre ó forma á las Indias Occidentales por la Santa Sede. No obstante

cualesquiera disposiciones contrarias, aun de las que exigen mención especial.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día solemne de Pascua, 18 del Abril de 1897, año vigésimo de nuestro pontificado.—A. CARD. MACCHI.

CRÓNICA

España.—Leemos en un periódico de Vich:

«El martes último fuimos invitados á visitar en la calle de San Hipólito la Exposición de piezas de vestir que para los infieles de Fernando Poo han ofrecido varias señoras de esta ciudad. Ya sabíamos que al entrar en el local donde estaban expuestos estos objetos no habían de causarnos admiración los prodigios del ingenio y las habilidades de las manos del hombre, como suele acontecer en esas Exposiciones universales que hoy tanto menu-dean; pero en cambio nos conmovió la caridad y desprendimiento con que varias familias de nuestra ciudad quieren hacer la obra de misericordia de vestir al desnudo habitante del Golfo de Guinea, y el celo con que algunas piadosas mujeres se dedican, haciendo aún mayor sacrificio, á pedir por las casas cualquier objeto que pueda ser de utilidad en aquellas Misiones, y á componer y arreglar los vestidos que se les entregan para que puedan ser distribuidos al llegar á Fernando Poo entre los negritos, ora sean cristianos, de los cuales cuidan como cariñosos Padres los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, ora sean infieles, para atraerles con estos beneficios al conocimiento y práctica de nuestra Religión, que á todos los hombres ama como á hermanos. Para que tengan una idea de lo que era aquella sencilla Exposición obra de la caridad, ponemos á continuación la lista y suma de los objetos:

«1 vestido para bautizar.—148 prendas de vestir para hombres.—182 prendas de vestir para mujeres.—1,024 medallas.—1,170 estampas.—1 saco de viajar.—1 falda y toalla para un Santo Cristo, abanicos, puntilla y variedad de juguetes.

«También hemos de hacer mención de los vestidos que para las mismas Misiones ha hecho la Sra. D.ª María Sors de Forcada, ayudada por varias señoras y Comunidades religiosas de esta ciudad, las cuales han sido las primeras y constantes favorecedoras de dichas Misiones.

«Las piezas de vestir que dichas señoras envían esta vez son: 70 batas nuevas.—60 pantalones.—30 blusas.

«Por último, no debemos omitir que se han formado asimismo dos bultos regulares con los vestidos que algunas personas piadosas de la vecina villa de Manlleu ofrecieron para el mismo objeto á un Padre Misionero de la Merced de esta ciudad, en ocasión de predicar el santo novenario de almas, en que les exhortó á la práctica de la caridad con los pobres habitantes del Golfo de Guinea.»

Noruega.—Un misionero que escribe desde Cristianía, al dar cuenta de que ya ha sido abolido en aquel país el artículo 2.º de la Constitución que prohibía á las Ordenes religiosas el establecerse allí, dice que se ha hecho una excepción para con los Jesuitas, á pesar de todo el influjo ejercido por el vicario apostólico, Mons. Fallize, y por el periódico católico *Olaf*, el único que allí existe y que está redactado por sacerdotes y seglares.

Escribe en su carta el misionero ya mentado:

«Los Jesuitas, sobre todo, son los que han tenido que sufrir los más violentos ataques, debido principalmente á que sus adversarios habían lanzado sobre el país una verdadera avalancha de calumnias contra la Compañía de Jesús. Se pudo prever el resultado desde un principio. La admisión de los Jesuitas ha sido rechazada por 63 votos contra 48; pero la admisión de los demás Religiosos ha sido votada por 67 contra 34. Entre los que han votado en favor, hay que contar los cuatro pastores luteranos que se sientan en el *Storting*, Parlamento.»

Y añade: «Si sentimos el voto que pone á un lado á los Jesuitas, nos alegramos de que, al fin y al cabo, la causa de las demás

Ordenes y Congregaciones haya alcanzado la victoria... Felicitamos á nuestros compatriotas noruegos que ya han sacudido el yugo de preocupaciones inveteradas, y que no dejarán de hacer justicia también á los Padres de la Compañía de Jesús.»

Estados Unidos.—William Crosswell Doane es el obispo anglicano de Albany. Como miembro de la Conferencia Lambeth, informó gravemente á los mitrados de Inglaterra que «por su absoluta unidad de religión, los Estados Unidos é Inglaterra eran inseparables.» Esta declaración, por supuesto, es insostenible frente á los hechos; pero otro Obispo, el de Missouri, se ha encargado de explicar la clase peculiar de «unidad» á que se refería Guillermo de Albany.

«En los Estados Unidos hay 143 religiones distintas. Hay 17 clases de metodistas y 16 de luteranos; 13 de bautistas y 12 de presbiterianos. En mi diócesis, como me refería un amigo últimamente, se verifican asambleas de las 143 religiones. Pero ¡oh dolor, cuando la fiebre cismática las invade! En una de ellas se practicaba el lavar los pies de los discípulos. Uno de los miembros, escrupuloso racionalista, representó que la práctica de la Escritura sería adecuadamente seguida lavando sólo un pie. Los tradicionalistas ortodoxos insistieron en que se lavaran los dos. El oponente y sus admiradores se retiraron de la asamblea. Las dos religiones se conocen entre los profanos por «la iglesia de un pie» y «la iglesia de dos pies.»

—La Universidad católica que gracias á los esfuerzos de los cardenales Gibbons é Ireland se ha inaugurado en Brooklin, se ha construido sin subvención ninguna oficial, y si sólo con el producto de las limosnas que se han hecho por parte de los doce millones de católicos que se cuentan en la República.

En las diversas aulas y dependencias, pueden recibir instrucción unos mil alumnos.

Los profesores serán casi todos laicos, así como el director, pero todos ellos fervientes católicos; en su mayoría irlandeses.

Para sostener ese establecimiento docente y para mantenerlo á la altura requerida, á fin de que pueda competir con los que sostiene el Estado, se ha constituido una Junta compuesta de los dos Cardenales citados, de un riquísimo plantador de la Georgia, de origen francés, y de los curapárrocos de todas las parroquias de Brooklin y de Nueva York.

Entre todos se cuenta poder reunir con facilidad, los setenta mil duros anuales en que se estima el déficit.

También se anuncia que pronto se levantará un edificio destinado á hospital católico, donde serán atendidos por igual los creyentes de las diversas religiones.

Filipinas.—En la mañana del 24 del pasado mes, y en la ciudad de Jaro, capital de la diócesis del mismo nombre, víctima de crónica y pertinaz dolencia, cuyo trabajo destructor no atajara cruenta operación recientemente practicada, falleció el excelentísimo é Ilmo. Sr. obispo D. Fr. Leandro Arrué.

Hijo de modestísima familia establecida en la antigua Bilbilis, hoy Calatayud, cupo á tan noble ciudad aragonesa la suerte de que en ella naciera el hombre ilustre cuya pérdida nunca será bastante llorada.

Después de pasar su noviciado en el colegio que los Padres Recoletos tienen establecido en Monteagudo (Navarra), y terminados con la mayor brillantez sus estudios, fué el Sr. Arrué á Filipinas, arribando á la ciudad de Manila en 1.º de Julio de 1860.

Preconizado obispo de Jaro en 1885, fué consagrado el 31 de Agosto del mismo año en la iglesia de Padres Recoletos de Manila.

Sabio y erudito, modestísimo, sobrio como un anacoreta, y caritativo hasta la prodigalidad, hubiera llegado á carecer hasta de las cosas más indispensables para la vida, á no haber atendido á estos por menores con cariñosa solicitud sus familiares.

En medio de la elevación jamás se olvidó de que era fraile; antes al contrario, en cuanto le fué posible acomodó á su vida de Obispo todas las leyes de su Regla. Siempre la misma sencillez en el vestir, la misma frugalidad en su mesa, la misma modestia en el adorno de las habitaciones de su palacio, que tenía el aspecto de un convento de la Orden.

VARIEDADES

LA ESTRELLA DE BELÉN

NUESTRA santa Madre la Iglesia celebra la fiesta de la Epifanía ó día de los Reyes como un recuerdo de aquel en que tres Magos, reyes por sus dominios y reyes también por su ciencia, corrieron, iluminados por las luces de lo alto, movidos por la gracia y guiados por una milagrosa estrella, al humilde portal de Belén, y allí penetraron poseídos de un santo respeto á fin de rendir adoración al tierno Infante que reclinado en duro pesebre, y oculto á las miradas de los orgullosos, habíase mostrado antes á unos pobres pastores, y ahora se manifestaba á los que, ricos en realidad, eran pobres en espíritu y dóciles en su corazón.

Aquellos rectos varones, no bien habían penetrado en aquel templo de la humildad y de la pobreza, se postraron con respeto ante el Verbo de Dios hecho niño, y adorándole ofrecieron á sus divinas plantas oro, incienso y mirra: ofrenda misteriosa que representaba el triple carácter de aquella divina Criatura. Y en efecto: el oro indicaba que aquel precioso Niño era Rey; el incienso, que era Dios, y la mirra, que era hombre.

Los Magos, después de terminar su santo cometido, volviéronse á su país por diverso camino del que habían traído, á fin de evitar un encuentro con el hipócrita rey Herodes, quien deseaba saber do se hallaba el Niño Jesús, no para prestarle adoración, como había dicho á los Magos, sino para arrancarle la vida, movido por el temor de perder su cetro.

Cuando los Santos Reyes llegaron á su país, anunciaron la feliz nueva, la venida del divino Salvador de los hombres. Refiere la tradición que fueron bautizados por Santo Tomás, que les ordenó sacerdotes y consagró obispos. Según la opinión más acreditada, coronaron su santa vida con un glorioso martirio. Sus reliquias fueron sucesivamente transportadas á Constantinopla, á Milán, y en fin á Colonia, en cuya Catedral están expuestas á la veneración de los fieles.

La fiesta de que nos ocupamos es antiquísima, como que data de los primeros tiempos de la Iglesia. Esta bendita Madre ha celebrado siempre este día con gran pompa y regocijo, considerándole como continuación de la gran fiesta de Navidad.

EL SACERDOTE CATÓLICO

Veis á ese hombre cuyo vestido hace diecinueve siglos no ha consultado á la moda? A veces su continente no llama la atención; pero por lo general grave y sereno, impone respeto aun á los que pugnan por desconocer sus altas cualidades, y que, por espíritu de secta, se ensañan cruelmente contra los ministros del altar, porque lo son de Nuestro Señor Jesucristo.

Siempre va de luto; ¿qué dolores tiene que llorar? Visita los templos; ¿acaso tiene mucho que pedir? Con frecuencia se le ve en casa de los aristócratas, y con más frecuencia aún en las humildades moradas del pueblo; ¿qué, acaso no tiene un definido círculo social? A

veces se halla en un lugar elevado, y desde allí, de pie, habla largamente á la multitud que absorta le escucha; ¿acaso tiene algo que enseñar? Otras veces, recogido y silencioso, está al lado de la sagrada tribuna, oyendo la palabra de su hermano; ¿acaso tiene algo que aprender? Sus libros nunca están ociosos (*V. el grabado de la pág. 20*), y con frecuencia tienen que dar cuenta de la instrucción adquirida; ¿para qué ese afán de estudiar?

No hay arte á que no se aplique; no hay ciencia en que no sobresalga; no hay humillación que no sufra. Ni una corona le falta: ni la de laurel, ni la de espinas. Tampoco le falta una palma á su mano: *ni la del triunfo, ni la del martirio*; ó es honrado por los hombres de corazón recto, ú odiado por el libertinaje.

Es rico para dar, pero para vivir es pobre. Sabe que es odiado, mas no sabe lo que es odio. *Unos le calumnian*; otros le besan la mano. Todos, hasta sus mayores enemigos, le dan el dulce nombre de *Padre*.

No hay provincia, ciudad ni pueblo de la tierra que no le conozca. El sol no se pone en sus dominios.

¿Quién es ese hombre tan extraño que no fué conocido durante cuatro mil años en ninguna de las civilizaciones? Su nombre lo dice todo: es el *sacerdote*!

A la luz de la fe, es Cristo en la tierra. A la luz de la civilización, es el autor de la civilización y su *conservador*. A la luz de la hoguera, es un *mártir*. A la luz de la lámpara del templo, es una *victima*. A la luz de la historia, un *triunfador*. A la luz de las ciencias, un *maestro*. A la luz de la vela que tiene el moribundo en la mano, es el *único amigo*. A la luz del sol reza, predica, enseña, ofrece el holocausto. A la pálida luz de las estrellas va á buscar á los enfermos, va á llevar la paz á los que la buscan, va á fortificar y á llevar consuelos.

Cuando los bárbaros amenazan destruir la civilización, se llama Agustín, León. Cuando hay que reformar el mundo, se llama Francisco, Domingo ó Bernardo.

Cuando el mundo cristiano llegó á su apogeo; cuando un pedestal de trece siglos necesitaba una figura digna de ocupar la cúspide, entonces el *sacerdote* se llama Tomás de Aquino. Id á los hospitales; allí se llama San Vicente de Paúl. En Europa se llama Ignacio. En el Japón se llama Javier. En América se llama Bartolomé, se llama Monja, se llama Margallo.

En la cúspide de las ciencias se llama Silvestre II, se llama Pío II, se llama *Copérnico* y se llama *Secchi*.

¿Buscáis un genio? Pues llamadlo Feijoo, Bossuet ó Balmes.

Ni las puertas infernales prevalecerán contra la Iglesia, ni la impiedad contra sus santos ministros.

Como sabe todo el mundo, y aun lo confiesan cuantos no cierran sistemáticamente los ojos á la luz, la vida del clero, tanto secular como regular, ha sido siempre vida de estudio, tanto como de oración. La biblioteca es para él lo de más importancia, después del templo y del coro. Los más doctos libros él los ha escrito; los más prodigiosos inventos él los ha realizado. Un sacerdote no siempre es un sabio, pero nunca deja de ser hombre de más que mediana cultura é ilustración. El

siglo afecta no creerlo así, por más que lo sabe tan bien como nosotros. ¿Qué importa? Ahí está la historia imparcial para sacarnos verdaderos; ahí están los ramos del humano saber y de las artes para proclamar lo que deben al ministro de Dios, beneméritos de las ciencias no menos que héroe de la caridad.

LA LITERATURA EN EL SUDÁN

Con este título, tan curioso como llamativo, una Revista de Roma inserta un breve extracto de un artículo que León Claretie ha dedicado á esta original materia.

«A medida que se conoce mejor la misteriosa Africa (dice), se rectifican muchas ideas erróneas que se tenían acerca de ella. Allí donde se suponía el desierto ó la barbarie absoluta, hállanse pueblos densos, relativamente, y que tienen una literatura, si puede darse este nombre á la expresión de los sentimientos y de las pasiones bajo la forma de cantos y de leyendas. ¡Quién lo dijera! En el fondo mismo del Sudán hay poetas errantes que viven de su poesía y de los oyentes: ¡hasta tal punto la expresión literaria de los hechos y de los sentimientos es una necesidad social!

«En el Sudán la literatura no es privativa de las personas distinguidas; por el contrario, constituye la profesión de unos sujetos llamados *griots*, que son al mismo tiempo los escribanos y *canta-historias* del continente negro. Los *griots* componen y recitan: son los trovadores del Níger. Los cuales trovadores son despreciados de sus compatriotas, que aprecian tan sólo la bravura y la fuerza física; mas en los ratos de holganza son buscados y se les escucha con placer. Los príncipes y señores encumbrados los toman como bufones ó músicos; pero los dejan fuera de la ley. *No tienen derecho al paraíso*, ni siquiera á la sepultura. Sus cadáveres son echados á la cueva de los *baabab*, para servir de pasto á las aves de rapiña. Los negros los consideran como descendientes del diablo, y los *griots* mismos se imaginan que han sido creados únicamente para divertirse, cantar y hacer reír al prójimo; y creen también que después de muertos dormirán en paz hasta el día del juicio y que entonces volverán á la tierra para divertirse de nuevo. En sus cantos, que á veces tienen un carácter en cierta manera oficial, exaltan el valor, la fuerza y hasta la bribonería. Por otra parte, las narraciones de sus poemas resultan preciosas por las indicaciones que nos dan sobre las costumbres de las tribus africanas. Además de las hazañas bélicas, esta literatura expresa los sentimientos más dulces, tales como la amistad, con una delicadeza conmovedora.»

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

José María Arrarás, de Pamplona.. . . .	11 pesetas.
Raimundo Lujando, de Calahorra.. . . .	5 »
L. M. G., de Alcoy.	50 »

Para las Misiones que se dedican á redimir niños

Andrés Díe Pescetto, de Orihuela.. . . .	25 »
--	------

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

Cuando estalla una revolución, el poder debe contras-
tarla ó abdicar; y Luís XVI sólo supo humillarse y huir.
Un rey que trueca el manto de la consagración por una
librea, se degrada con su propia mano. La del verdugo
que le arranca del trono puede hacerle mártir; un posti-
llón que le detiene en flagrante delito de su grandeza, le
arranca más que la vida.

Esa es la última palabra de la catástrofe de Varennes.
«¡Señor, le había dicho la Reina, en nombre de vuestros
antecesores no os dejéis envilecer! Si la perdición es ine-
vitable, todavía queda la elección de la actitud en que se
perece.» Luís XVI no desplegó los labios.

María Antonieta, que se había echado á sus piés, le-
vantóse con los ojos al cielo: heroica esposa del hombre,
sentíase viuda del rey; desde entonces abrigó el presen-
timiento de su muerte, si bien lo dominaba con toda la
altivez de su estirpe; sus cabellos encanecieron en una
noche, pero nunca inclinó la frente; cada embate del
destino la levantaba en vez de abatirla: su majestad so-
brepusó lo inmenso de su desventura.

Preso en Varennes como un fugitivo vulgar, el infor-
tunado Monarca fué encerrado con su familia al grito de
¡viva la república! en la antigua fortaleza de los Tem-
larios, próxima á la Bastilla.

SANTIAGO AUBERT, C. M. F.

ANUNCIOS

NUEVA EDICIÓN

MEDITACIONES

SEGÚN EL MÉTODO DE S. IGNACIO

Precioso libro que contiene en estilo claro, sencillez y adecuado á todas las capaci-
dades, algunos centenares de meditaciones sobre la vida oculta, pública, paciente y gloriosa
de Jesucristo, conteniendo un plan completo de instrucción espiritual y una verdadera ex-
posición de todo lo contenido en los Santos Evangelios. Precede á las meditaciones una
excelente explicación sobre los distintos modos de meditar, examen de conciencia y prác-
tica de oír bien la Misa.

Libro utilísimo á las Comunidades religiosas, Casas de educación, Seminarios, Asocia-
ciones de piedad y en general á todas aquellas almas dedicadas al santo ejercicio de la
oración mental diaria, sin la cual es imposible dar un paso en la perfección.

Consta esta obra de tres tomos de más de 700 páginas, y se vende á 6 pesetas en rús-
tica, y á 8'25 encuadernada en tela. Para los pedidos,

Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona.

ALMANAQUE SERÁFICO-ANTONIANO PARA EL AÑO 1898

Contiene interesantes relaciones, anécdotas, poesías, etc., etc., y va ilustrado además con magníficos graba-
dos. Precio: 40 céntos., en la *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

PORTFOLIO INFANTIL

¡10 CÉNTIMOS!! — ❖ — ¡10 CÉNTIMOS!!

Puntos de venta en Barcelona: *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5.—*El Ingenio*, Raurich, 8.
—*Bazar de la Enseñanza*, Fernando VII, 36.—*Librería Bastinos*, Pelayo, 52.—*La Azucena*, Buen-
suceso, 13.—Sucesores de Antonio Bosch, Bou de la Plaza Nueva, 13, etc., etc.

ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA

— PARA EL AÑO 1898

Está en venta este Almanaque que anualmente publica la **REVISTA POPULAR**, con grandes y artísticas mejoras, las cuales lo convierten en uno de los más hermosos almanaques católicos.

TAMAÑO igual al de la «Revista Popular.»

OCHENTA grabados.

ELEGANTE cubierta.

Interesantes relaciones, anécdotas, novelitas, poesías, etc., etc.
Reproducciones de preciosos cuadros nacionales y extranjeros.

Fotograbados de J. Thomas, y J. Furnells.

Precio: 50 CÉNTIMOS,

Y 60, REMITIDO POR CORREO.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

LA LEYENDA DE ORO

PARA TODOS LOS DÍAS DEL AÑO

VIDA DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA

Quinta edición completada por el M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.^a Vilarrasa, arcipreste de la Catedral de Barcelona, con las vidas de los Santos canonizados desde 1855 hasta la fecha, y una serie de estudios refutando los errores modernos sobre la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Precédela un prólogo del Rdo. P. Fr. Ruperto M.^a de Manresa, de la Orden de Menores Capuchinos.

CONDICIONES DE LA SUBSCRIPCIÓN

Nueva edición en cuatro tomos de unas 500 páginas cada uno, ilustrados con magnífica portada, cabeceras alegóricas de cada mes, y láminas impresas en oro y colores representando á los principales Santos.

Cada tomo abarcará las vidas de aquellos cuyas fiestas correspondan á un trimestre.

Se reparte la obra por cuadernos semanales compuestos de cuatro entregas de á 16 columnas de texto. Cada lámina, atendido su coste, equivale á una entrega, siendo el precio de ésta 25 céntimos de peseta.

Las portadas de cada tomo serán de regalo.

La obra constará de 75 cuadernos; por lo tanto, el precio de cada ejemplar completo será de 75 pesetas.

Tipos claros, buen papel y lujosas láminas.

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración de *Las Misiones Católicas*, Pino, 5, en las principales librerías de España, América y Extranjero, ó bien dirigiéndose á los editores Sres. L. GONZÁLEZ Y C.^a, calle de Lauria, 78, Barcelona, remitiendo en este último caso el valor de cinco cuadernos en sellos de correo ó libranzas del Giro mutuo.

ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.